PC 3315
.C3

LIBRARY OF CONGRESS
00003610469

THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PC3315
Book C3

ENSAYO

sobre los

POEMAS PROVENZALES

DE LOS SIGLOS XII Y XIII

LEIDO AL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR

DON TORIBIO DEL CAMPILLO

AL RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD

DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

MADRID

Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42.

1860.

Jan 29/5
5

l

405
3165

POESIA ÉPICO-CABALLERESCA DE LOS PROVENZALES.

A Don José María Gaudev de la Peña,

su verdº. amº.

El autor

ENSAYO

sobre los

PÓEMAS PROVENZALES

DE LOS SIGLOS XII Y XIII.

LEIDO AL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR

DON TORIBIO DEL CAMPILLO

AL RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD

DE FILOSOFÍA Y LETRAS.

MADRID.

Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42.

1860.

PC3315
.C3

382562
29

TÉSIS.

LA POESÍA ÉPICA ENTRE LOS POETAS DE LA PROVENZA.—LINAJE DE POEMAS EN QUE SE EJERCITARON LOS PROVENZALES.—EXÁMEN CRÍTICO DEL POEMA INTITULADO: GERARD DE ROSSILLON.

ENSAYO SOBRE LOS POEMAS PROVENZALES

DE LOS SIGLOS XII Y XIII.

I.

LA POESÍA ÉPICA ENTRE LOS POETAS DE LA PROVENZA.

Cuando las repetidas invasiones de los bárbaros ahogaron con el estruendo de sus triunfos los últimos acentos de la primitiva elocuencia cristiana, dejó de existir el mundo latino y la ignorancia de las letras clásicas llegó á tal punto, durante el siglo VII, que en el nombre de Marco Tulio Ciceron se creyó descubrir dos diferentes autores y hubo quien afirmara que la lengua del Lacio habia florecido en Atenas por los tiempos de Pisístrato.[1] En

[1] Ampére. Histoire littéraire de la France avant le XII siécle. Tom. II.

tan intensa oscuridad, solo algun monasterio guardaba escondidos los preciosos restos literarios rescatados providencialmente del universal naufragio; y la Iglesia, que es el mas fecundo de los poderes legisladores de la edad media, secundando el nobílisimo ejemplo de Casiodoro y adoptándolo como base, organizó la enseñanza de las escuelas monacales, comenzando á disipar con la luz de la ciencia las cerradas nieblas de la barbarie que cubrian toda la Europa.

Iban renaciendo poco á poco las tradiciones de la civilizacion antigua, cuando apareció Carlomagno; y aguijado por la noble impaciencia de su genio quiso llevar á cabo la restauracion de las letras, como si la corta vida de un hombre bastase á realizar la obra de los siglos. Funda numerosas escuelas en las iglesias y abadías: reune á los primeros sabios de todos los paises en su propio palacio: aprende con fervoroso entusiasmo cuanto entonces constituia la ciencia humana: fija las bases gramaticales de la lengua franca: recoge los cantos nacionales de la Germania: cultiva la poesía latina: protege la multiplicacion de las copias manuscritas de los autores mas estimados: formula en las *Capitulares* elevadas máximas políticas, religiosas y morales: inspira con su ejemplo el noble afan de la restauracion literaria en todos los ramos del saber. Pero al fundar un vasto imperio con pueblos tan

diferentes en lengua, costumbres y sentimientos, no logró el esclarecido monarca franco encerrar en la unidad material la unidad moral necesaria para la vida de una gran familia política; y todos sus esfuerzos para conseguir el renacimiento literario y la estabilidad de sus extensos dominios, fracasaron por la falta de preparacion en las inteligencias y por los trastornos que sobrevinieron despues de su muerte con las ambiciones de sus inquietos sucesores, sostenidas en el interés encontrado de cada raza.

Toda la vida del siglo IX se reduce á guerras, violencias y despojos que tienen por único fin el engrandecimiento personal. Los estudios se recogen de nuevo en la soledad de los claustros, asilo de las ciencias combatidas por el soplo destructor de los trastornos políticos: y como si muy llevadera fuese la triste angustia que parecia preludiar de nuevo la muerte intelectual de la sociedad europea, anúnciase, al declinar el siglo X, el fin del mundo predicho en el Apocalipsis, y hasta se llega á tener por cierto que se consumaria su ruina cuando cayeran en un mismo dia la Asuncion y el Viernes Santo, circunstancia que debia verificarse en el año 992.[1] Brilló, sin embargo, pura y tranquila la naciente aurora del siglo XI sin que resonáran las espantosas

[1] Fleury. *Hist. eccles.* Tom. XII. Pág. 310.

trompetas del Juicio final; y el terror de las gentes trocóse á muy poco en seguridad dichosa de un porvenir mas lisonjero, cobrando nuevo incremento la vida social, á que respondia un vivo movimiento literario prometiendo mas sazonados frutos.

Aseguraban las naciones meridionales, en el transcurso del siglo XI, la conquista de las lenguas romances que debian caracterizar su civilizacion respectiva; y como las tradiciones de las luchas pasadas eran eficaz incentivo al espíritu poético, no pasó mucho tiempo sin que las leyendas místicas y los cantos piadosos, efecto natural del primitivo fervor cristiano, cediesen su imperio á otros temas de muy diferente carácter, cuyo fondo daba sabroso pasto al entusiasmo nacional, sirviendo á la vez de ocasion al vuelo y desarrollo de las lenguas recientemente formadas.

Fueron los siglos VIII y IX para el mediodía de las Galias uno de esos períodos de prueba y de heroismo que tienen el privilegio de excitar el genio poético de un pueblo; y la Provenza, cuyas condiciones naturales eran tan favorables al cultivo de la poesía, vivas sus gloriosas tradiciones, no podia permanecer muda, siendo estímulo para nuevas glorias las hazañas de sus héroes. No ha faltado quien sostenga que fueron los provenzales meros cultivadores de la poesía lírica, negándoles toda participacion en el desarrollo de los cantos épicos

de la edad media; pero los que tal afirman desconocen que un pais, dotado de facultades poéticas y con una poesía propia, nunca deja de cantar los acontecimientos locales, cuando por su naturaleza son adecuados para herir vivamente la imaginacion del pueblo, y olvidan que contradicen su aserto las citas, las alusiones y las reminiscencias frecuentes en los cantos líricos de los trovadores demostrando la coexistencia de una poesía épica rica y variada.

Enardecieron las luchas sostenidas contra los monarcas merovingios y carlovingios la imaginacion de los paises del mediodía de las Galias: las guerras con los árabes exaltaron su instinto poético: y sirviéronles unas y otras de asunto y fuente inagotable para sus cantos épico-históricos, formando el núcleo primitivo de las epopeyas caballerescas, que en los primeros años del siglo XII debian lograr desusado vuelo, dando ensanche á las tradiciones populares. Se adunaban el entusiasmo religioso y el anhelo de la gloria para desarrollar y ennoblecer tan ricos gérmenes, y todo vivia y se animaba al calor de los sentimientos dominantes en aquellas heróicas comarcas.

Influencia no escasa ejercian, por otra parte, las luchas feudales, con todas sus violencias y con todos sus horrores, en el progreso moral de Europa. Con el fraccionamiento del vasto imperio de Carlo-

magno, las ambiciones de los poderosos sustituyen el interés propio á los fueros inviolables de la equidad y el feroz instinto de la tiranía tiende á sofocar el sentimiento de la dignidad personal en el desvalido; pero la protesta contra tantas iniquidades se alza del mismo seno de la barbarie, santificada por la Iglesia, y nace la institucion de la Caballería, que debia defender á la sociedad contra las violencias feudales, protegiendo al oprimido, tributando respetuoso culto á la muger, sacrificándolo todo á los vínculos del honor y de la lealtad, oponiendo siempre la justicia á todos los desafueros. Ya en el siglo XI se advierte en el mediodía de la Europa una tendencia moral elevada, apareciendo al frente del movimiento transformador los mismos señores feudales. Una generosa predisposicion á la ternura y al respeto hacian presentir el imperio de la muger: la templanza y la cortesanía revelaban mejor el poder y la elevacion que las demasías pasadas: la magnificencia, la liberalidad y el noble uso de la fuerza eran medios seguros de adquirir gloria y fama.[1] En esta situacion creóse un ideal de perfeccion moral, social y militar, al cual cada uno aspiraba libremente, segun su carácter y su gerarquía; y el espíritu caballeresco anima á la

[1] Fauriel. *Histoire de la poesie provençale.* Tom. I. Pág.s 483 —484.

sociedad é infunde su aliento á cuantos géneros poéticos á la sazon se cultivaban.

La poesía épica provenzal, antes de producir las extensas epopeyas que han llegado hasta nosotros, debió reducirse á relatar las tradiciones populares en cantos de poco empeño (como lo son todos en los orígenes de las literaturas) creados por las inspiraciones vivísimas y por la espontaneidad enérgica que les da una superioridad patente sobre las obras posteriores, donde los artificios convencionales y el refinamiento artístico apagan el verdadero vigor y adulteran la primitiva naturalidad. Todos los poemas que pertenecen á los albores de una literatura, que representan fielmente la naturaleza, como anteriores á las reglas convencionales del arte, que llevan en sí huellas de un destino popular ó nacional, tienen por base materiales mas antiguos, de los cuales son una combinacion, ó fusion mas ó menos libre y mas ó menos artística. La *Iliada* y la *Odisea*, los dos grandes poemas de la India el *Ramayana* y el *Mahabharata*, el *Schah-Nameh*, ó *Libro de los Reyes* de Firdousi, los *Nibelungos* de Alemania y nuestros primitivos *Poemas del Cid* confirman este principio, igualmente aplicable á los poemas caballerescos. Ni hay en Europa nacion alguna, cuya literatura se remonte mas allá de la edad media, que no posea monumentos épicos originales mas ó menos análogos á las

epopeyas de los pueblos primitivos. Entre ellos, aparte de los puramente locales, existen otros que se hallan en todas las naciones, que son célebres y populares y se han naturalizado en sus respectivas literaturas, que forman en la poesía épica de la edad media como un fondo comun á la Europa entera y del cual parece que cada pais puede reclamar su parte. Estos monumentos son las ficciones poéticas designadas con el título de *Poemas caballerescos,* ó *Libros de Caballería,* entre los cuales se distinguen dos grandes clases, segun toman por fondo la historia fabulosa de Carlomagno y los Doce Pares de Francia, ó la de Artús y los Caballeros de la Mesa, ó Tabla-redonda; y los mas importantes y de caracteres mas decididos fueron compuestos desde los años 1100 á 1300.[1]

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. II. Pág.s 224—255.

II.

LINAJE DE POEMAS EN QUE SE EJERCITARON LOS PROVENZALES.

Tristes y tenebrosos habian sido los últimos siglos de la Europa, cuando comenzó á florecer la poesía épico-caballeresca; pero no se habia borrado la memoria de la época gloriosa en que Carlomagno con sus francos habia conquistado extensos paises en multiplicadas victorias, y ese recuerdo tradicional, profundo en su vaguedad misteriosa, engrandecia la justa admiracion que inspiraba el solo nombre del héroe, cuando en las vergonzosas turbulencias, en las discordias intestinas y en las luchas calamitosas de sus menguados sucesores, el brillante recuerdo de los tiempos pasados era un consuelo de los males presentes. La poesía, eco sonoro de todos los sentimientos que conmueven el

corazon del hombre, reflejo vivísimo de los pueblos en sus aficiones y en sus rencores, no podia prescindir de glorificar al mas popular y mas grande de los héroes del mundo moderno; y como la gloriosa vida de Carlomagno podia contener con cierta verosimilitud las mas portentosas hazañas inventadas por la imaginacion, su nombre debia dominar tambien en un vasto imperio de ficciones que le creaba la musa de la Provenza.

Celebran los poemas del ciclo carlovingio las luchas victoriosas de los campeones del cristianismo contra los sectarios de Mahoma ; y al reflejar la idea que al mundo europeo embargaba considerando únicamente á los islamitas como verdaderos enemigos, transforman las gloriosas campañas de Carlomagno contra los sajones (que amenazaban á la Europa meridional) en triunfos insignes sobre los agarenos, y las trasladan á España ó al Oriente, como paises ocupados por los enemigos de Cristo, dando así á la guerra religiosa mas poético vuelo en un campo extensísimo para las creaciones de la fantasía. Por eso los provenzales no vacilaron tampoco en atribuir á Carlomagno la victoria de Poitiers y la expulsion de los árabes de la Septimania , debidas á sus antecesores Cárlos Martel y Pipino, ni otros hechos semejantes en paises que nunca vieron sus triunfantes banderas.

Todas las ficciones de los poemas carlovingios

versan principalmente sobre cuatro series de acontecimientos capitales. Refiérese la primera á la infancia y juventud de Carlomagno, manantial inagotable de fábulas maravillosas y de anécdotas extrañas, en que á menudo se engolfaban los poetas populares. Abarca la segunda las ficticias expediciones, atribuidas al romancesco Emperador, con el objeto de conquistar las reliquias de la Pasion de Jesucristo, primero del poder de los musulmanes de la Palestina y despues de los de España. Comprende la tercera todos los sucesos de la expedicion histórica terminada en la rota de Roncesvalles. La cuarta, en fin, contiene las diversas guerras en que los francos conquistaron á los mahometanos la Provenza, la Septimania y la Galia Narbonense, traidas anacrónicamente á los tiempos de Carlomagno y de Luis el Benigno. Ningun elemento les falta de cuantos pueden alimentar la inspiracion poética en un mundo de prodigios, de alta religiosidad y de caballeresco heroismo.

Los poemas del ciclo carlovingio comienzan con una fórmula verdaderamente popular y épica. Supone de contínuo el poeta que se halla rodeado de numeroso auditorio, al cual exhorta á guardar silencio *para oir una hermosa historia, la mas hermosa que se ha cantado jamás*; y en verdad que para el pueblo de aquellos tiempos muy hermosas historias eran los hechos gloriosos que los poemas

carlovingios relataban, halagando los sentimientos mas arraigados y predominantes en la sociedad. No sirvió de grande obstáculo para los que celebraron las hazañas del Emperador franco la estricta verdad histórica, cuando le pintan en lucha con los musulmanes de España y conquistándoles imperios. La única expedicion personal que hizo á nuestra patria fué la desastrosa de Roncesvalles; pero el espíritu del pueblo inflamaba tambien á los poetas, y aquel heróico nombre debia personificar todas las victorias del cristianismo, en cualquier pais del globo donde la imaginacion poética las localizase. Dejó, sin embargo, la famosa jornada de Roncesvalles en la memoria de los hijos de las Galias profundas huellas, que pronto poetizó el númen popular; y por eso antes que se cantasen las fabulosas hazañas de Carlomagno contra los musulmanes, tuvo la musa de la patria lágrimas de dolor para el terrible desastre en que murieron los mas heróicos paladines de las cohortes francas, si bien, muerto el magnánimo Roldan, supuso, para borrar aquella funesta página, que habia sido vengada la catástrofe destruyendo á Zaragoza con su ciudadela y sus cincuenta torres, y derrotando al rey Marsilio y al babilonio Baligante.

Justo es que á la cabeza de los poemas del ciclo carlovingio figure la Cancion de Roldan, ó Poema de Roncesvalles. Aparte de que no hay anacro-

nismo en esa preferencia de órden, si fué compuesto por el normando Turold en el siglo XI, existen condiciones intrínsecas que la justifican, aun cuando en el concepto de algun crítico como temerario se pudiera considerar por principios exagerados de rigorismo clásico. Revela la Cancion de Roldan, bajo la ruda corteza de un lenguaje informe, noble alteza en los sentimientos, profundidad en la creacion de los caractéres de Carlomagno, de Turpin, de Oliveros, de Roldan, y hasta del traidor Ganalon, tan diferente del pérfido vulgar de los poemas posteriores. Entre sus mas interesantes episodios existen algunos dignos de particular mencion. En uno de los mas bellos, el arzobispo Turpin, herido de muerte y próximo á exhalar el último suspiro, exhorta á los suyos á morir en la pelea contra los enemigos del Crucificado, diciéndoles, con sublime acento, que *en el Paraiso, donde moran los guerreros valerosos, tienen preparados los lechos en que deben descansar :* en otro admirablemente patético, el héroe del poema, abandonado de todos despues de la derrota, solo con su espada, ansioso de que no caiga en manos de los musulmanes y sin alcanzar que se haga pedazos contra las mismas rocas que hiende y deshace, rendido y cubierto de heridas, se retira al pié de una montaña para morir en paz y suspirar por la gloria de la Francia y por el triunfo del cristianismo, trastornándose en

aquel momento supremo la naturaleza toda, en señal de duelo por tan inaudito desastre.[1]

Mas característico, tal vez, como eco del espíritu heróico-religioso en las incesantes guerras con los sectarios de Mahoma, es el Poema de Fierabrás, restituido á las letras, en este siglo, por una casualidad dichosa, y verdaderamente interesante para nosotros por el papel que representa en la obra mas preciada de nuestra literatura. Los hechos fabulosos que constituyen el fondo del poema, el extenso campo que ofrecian los combates individuales entre las batallas de ejércitos numerosísimos, las descripciones imaginarias de paises, comarcas y ciudades llevadas y traidas á voluntad del poeta, las hazañas maravillosas de los paladines francos hasta recobrar de Fierabrás las reliquias de la Pasion, objeto esencial del poema, todo ha servido para darle vigor en las expresiones, riqueza en los episodios, variedad respectiva en los accidentes. Roldan, Oliveros, héroes siempre nobles en los combates, hazañosos defensores de la idea cristiana, y Fierabrás, sarraceno de porte caballeresco con sus mas valientes enemigos, sirven en el poema como de brillante fondo á la soberana figura de Carlomagno. El combate de Oliveros con Fierabrás, cuyos multiplicados accidentes son vivo reflejo de las cos-

[1] Chanson de Roland ou de Roncesvaux, *publiée par M. F. Genin.* 1850.

tumbres caballerescas, modelo de lo que la lealtad y el esfuerzo eran en el idealismo de aquella época, termina con el triunfo del cristiano sobre el agareno, que por una inspiracion sobrenatural pide el agua de salvacion en el momento de caer vencido. En el impensado casamiento de Floripar y Guido de Borgoña por Oliveros, la jóven, aunque amaba con delirio al guerrero francés, se considera como impura todavía por no haber sido bautizada, y no quiere profanar la pureza del cristiano con un óscu-lo, rasgo que revela el alto sentimiento religioso de aquellos tiempos.[1]

La division vaga y general de los poemas caballerescos en ciclos ha hecho indispensable que, dentro de esos grandes grupos épicos, existan otros hasta cierto punto independientes, constituyendo subciclos no menos importantes y dignos de estudio. Uno de ellos es el de Guillermo el Pío, ó el Chato, gloriosísimo descendiente de la casa de Narbona y centro de las tradiciones populares del mediodía de la Francia que glorificaban á los guerreros vencedores de los sarracenos en defensa de la patria. Era Guillermo un antiguo gefe á quien Carlomagno dió el mando militar de la Aquitania en un momento (783) en que se hallaba amenazada por los árabes. Llegó con su pendon victorioso hasta

[1] *Der roman von* Fierabrás *provenzalisch*, herausgeg von Immanuel Bekker. Berlin: 1829.

Barcelona ; y en las expediciones que llevó á cabo adquirió gran fama y dió sobrado motivo para que le aclamasen por todos los paises próximos á los Pirineos como héroe y salvador. Su gloria, sin embargo, no le impidió hastiarse del mundo, y se retiró á un desierto de las Cevenas (805) donde fundó un monasterio que tomó su nombre y en el que murió vistiendo la cogulla. Sus hazañas, sus triunfos repetidos y su piadosa resolucion fueron para los poetas del mediodía de las Galias caudalosa fuente de inspiraciones, á muy grande altura elevadas en La Bataille d'Aleschans, que tal vez es el monumento mas importante del subciclo de Guillermo el Pío.[1]

Principia este poema con la escena en que el jóven Viviano recibe órden de Caballería, jurando no retroceder jamás ante los enemigos de Cristo; y en ella contrastan el valor impasible y frio y la pru-

[1] Enriquecen ya hoy este subciclo los poemas titulados: GARIN DE MONTGLANE ; GIRART DE VIANE ; AIMERI DE NARBONNE ; LES ENFANCES GUILLAUME ; LE COURONNEMENT DU ROI LOOYS ; LE CHARROI DE NISMES ; LA PRISE D'ORANGE ; BEUVE DE COMARCHIS ; GUIBERT D'ANDERNAS ; LA MORT D'AIMERI DE NARBONNE ; LES ENFANCES VIVIEN ; LA CHEVALERIE VIVIEN ; LE MONIAGE GUILLAUME ; RAINOUART ; LA BATAILLE DE LOQUIFER ; RENIER ; FOULQUE DE CANDIE ; y sin embargo Mr. Fauriel considera superior en mérito á todos los demas, descubiertos hasta el dia, LA BATAILLE D'ALESCHANS, en su *Histoire de la poesie provençale*, que muchas veces se citará como guia en este trabajo.

dencia experimentada, que hablan por boca de Guillermo, con el arrojo temerario del novel caballero, tan fatal despues á su ejército y á su patria. Armado ya el paladin, sale á campaña, y enardecen su entusiasmo guerrero los primeros triunfos alcanzados contra los árabes. Llega hasta Córdoba; y excitando el furor de Abderraman, provócale á vengar aquel insulto llevando á cabo una expedicion contra los creyentes de las Galias. Viviano sale á su encuentro y en una terrible batalla sucumben los cristianos: acude Guillermo á su socorro; aliéntanse las cohortes francas; pero todas las proezas son inútiles contra el numerosísimo ejército musulman, y una nueva derrota, mas decisiva y horrible que la primera, es el término de la lucha. En este lugar deja el poeta la robusta entonacion con que pinta el estruendo marcial de las batallas, para dar á conocer los delicados sentimientos y la profunda religiosidad de los héroes de la Caballería. Viviano con el cráneo sobre los ojos, bañado en su propia sangre, con las fatigosas angustias de la muerte, solo quiere que le conceda el cielo ver y abrazar á su tio antes de morir, y llega á ponerse de rodillas é implora á Dios con los brazos en cruz sobre su pecho. Guillermo, rendido de cansancio, rodeado de fieros mahometanos, considerando como inevitable su muerte en aquel terrible trance, exclama con tristísimo acento: *Dulce esposa mia Gui-*

bors, ya no te veré más! ¿Cómo pudiera expresarse mejor que el esfuerzo heróico y la ternura mas delicada compartian por igual la vida del caballero?

Camina Guillermo evitando encontrar los ejércitos enemigos, con su armadura prendida solo de una correa, con su escudo lleno de agujeros, con su casco hecho pedazos, cuando encuentra á su sobrino. Llora el héroe amargamente al verle en tan lastimoso estado; y quiere que muera absuelto de todas sus culpas siendo él mismo su confesor. Viviano al confesar sus pecados, revela tambien á su tio la falta de no haber cumplido su juramento cuando huyó del agareno; y esa revelacion es una muestra patente de la idealidad altísima del caballero en la fé de sus promesas. Despues, careciendo de hóstia eucarística, da á su sobrino una pequeña porcion de pan bendito, que llevaba consigo y habia tomado en la iglesia de San German, y á poco espira el jóven héroe. No se satisface Guillermo el Pío con derramar copiosas lágrimas: habia resuelto proseguir su incierta marcha; pero no puede abandonar el cadáver de Viviano al furor enemigo, le coloca en su caballo y parte. Nuevamente se vé rodeado de numerosos sarracenos: entonces cede á la necesidad insuperable en que se halla; y con muy tristes ayes despídese de aquellos restos que al fin forzosamente abandona. Emprende resuelto la

vuelta á su pais, y á cada paso tiene un encuentro: al cabo divisa los muros de Orange, y bendice á Dios que le ha salvado de tantos peligros. Sítianle los musulmanes en esta ciudad, y decide partir para que le auxilíe Ludovico Pío: su esposa Guibors se desconsuela cuando sabe que va á correr nuevos riesgos; pero comprende que es inevitable la partida, y le dan fuerza para sufrirla resignada las tiernas protestas y amorosas palabras de Guillermo. Al presentarse á Ludovico en París el noble descendiente de la casa de Narbona, reclamando los auxilios que su triste situacion exije, como digna correspondencia de los innumerables servicios prestados á la monarquía imperial por su familia, el agradecido soberano le ofrece una parte del territorio perteneciente á la corona, si le faltáran sus propias posesiones; pero su esposa Blancaflor, hermana de Guillermo, temerosa de que se desmembrase un solo estado del patrimonio imperial, se irrita y maldice á su hermano, y este increpa á la hermana con las mas duras calificaciones, llegando al extremo de arrancarle la diadema real de la cabeza y arrojarla con furor al suelo. Sin duda esta escena es una indicacion del antagonismo que existia entre los señores feudales y los monarcas; y aun así pueden ser consideradas como un borron en el poema, no las palabras en que la *mala hermana* (como el poeta dice) olvida tan indignamente los vínculos de la sangre, sino las groseras increpaciones y el violento arrebato de

Guillermo, solo en este momento fuera del verdadero carácter que se le da en todo el resto del poema. Esto, sin embargo, no impide que el Emperador y todos los Barones de la Francia se unan para socorrerle y triunfen de los musulmanes en continuadas victorias, porque á todo se sobreponia el espíritu del pueblo cristiano, siempre incontrastable en aquella heróica lucha.[1]

Los poemas que constituyen el ciclo breton difieren de los del ciclo y subciclos carlovingios, no solo en la materia que les sirve de fondo, sino tambien en la forma, en el espíritu poético y en las tendencias morales. Unos y otros dan á conocer las costumbres y las ideas de la Caballería; pero los carlovingios la representan en su primer estado, todavía indecisa en sus fines, sin rendir un culto exajerado al amor y sin considerarlo como único móvil de las acciones heróicas, fundándose en hechos históricos de interés manifiestamente nacional y subsistente en las tradiciones populares, mientras que los de la Tabla-redonda la pintan en su mas pleno desarrollo y en su mas alto grado de exaltacion, con todos los refinamientos y con todas las exageraciones convencionales de sus amorosos delirios, elevándose sobre sucesos ficticios sin carácter de nacionalidad.

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. III. Pág.s 67—88. — *Histoire litteraire de France.* Tom. XXII. Pag.s 507—517.

La institucion de la Caballería fué en sus orígenes el resultado de una tentativa para transformar la fuerza bárbara y perturbadora de la milicia feudal en falanges disciplinadas que sostuviesen la sociedad y la Iglesia[1]; y sin embargo no llegó á dominar tanto el espíritu religioso que se sobrepusiese al caballeresco subordinándolo en todo á sus altos fines, como no sea en las milicias instituidas para hacer guerra á los enemigos de la fé. Hubo, pues, dos ramas diferentes en la Caballería, sostenidas por principios diversos; y la que podia llamarse mundana, porque era galante y aventurera considerando en el amor y en la gloria el fin inmediato y la recompensa mas preciada de las acciones del caballero, está representada en los poemas del ciclo de Artús, ó de la Tabla-redonda. Los Orlandos y los Oliveros, personages rudos de las primitivas epopeyas, eran poco adecuados para servir al ideal poético de la Caballería con el culto exaltado al amor y la pasion por las aventuras extrañas; y para satisfacer los gustos de la sociedad culta y engolfada en ciertos refinamientos convencionales, los trovadores mas elegantes buscaron otros héroes, á los cuales pudiesen atribuir los sentimientos y el espíritu caballeresco, sin herir la delicada susceptibilidad nacional, y los encontraron en la corte de Ar-

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. I. Pág. 482.

tús, último rey de los bretones insulares. Los bardos del siglo VI principiaron la apoteosis de este monarca, olvidando la respetuosa moderacion que reclama la vida de un personage cercano, y dejándose llevar del entusiasmo lírico para transfigurar al sér de la realidad en un héroe fabuloso: en el siglo XII apareció una crónica rimada[1] contando los hechos de todos los reyes de la Bretaña y la historia de Artús, con adiciones numerosas á la que habian creado los bardos; y el rey breton con la flor y la nata de los caballeros reunidos en su córte, hospedados con espléndida familiaridad en su palacio y servidos magníficamente en su famosa *mesa redonda*, se convierte en el ideal de la Caballería enamorada y aventurera.

El poema de Tristan[2], mejor tal vez que otro ninguno, serviria para dar á conocer la embriaguez y la exaltacion de los amores caballerescos, las heróicas proezas y las sublimes extravagancias de los fantásticos paladines del ciclo breton; y sin embargo, la loca pasion del hijo de Meliado por la criminal Isolda, pintada en varios pasages esenciales con la mas completa desnudez, vedan un análisis cir-

[1] La de Maître Wace, que tomó la parte mas curiosa de la latina de Geoffroy Montmouth.

[2] Tristan. *Recueil de ce qui reste des poémes relatifs á ses aventures, composés dans le XII. et XIII. siécles.*—Londres: 1835.

cunstanciado del poema. Y en verdad, que sin el justo respeto debido á este sagrado recinto, seria difícil renunciar á exponer, en breve cuadro, todos los arrebatos de aquel amor que se sobrepone á las hastiosas harturas del deleite, á la destructora influencia del tiempo, á las multiplicadas contrariedades de la vida, que triunfa hasta de la misma muerte en aquellas dos yedras maravillosas, nacidas en los próximos sepulcros de los dos amantes, enlazadas estrechamente, brotando con mayor lozanía para unirse de nuevo cuantas veces las arrancaba el ofendido esposo de la bella hija de Argio; amor pintado en páginas, cuya riqueza de colorido no seria indigna hasta del mismo poeta cordobés que cantó los amores de Angélica y Medoro en uno de los mas bellos romances del Parnaso español.

Ni el insustancial poema de Blandin de Cornouailles y Guillermo Ardit de Miramar[1], dos denodados caballeros de la Tabla-redonda que matan gigantes, libertan doncellas, y acaban sus hazañas casándose con dos hermosas princesas, de las cuales la sin par Brianda, habia sido salvada de un encantamiento por el esforzado Blandin, ni aun el de Gofredo y Brunesinda[2], que es una composicion cuasi tan lírica como épica por los extensos monólo-

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. III. Pág.s 92—96.

[2] Roman de Jaufre et Brunesentz de Monbrun. *Lexique roman*, par Mr. Raynouard. Tom. I. Pág.s 48—173.

gos en que el enamorado Gofredo y la tierna Brunesinda espacían su escondido sentimiento, un conjunto elegante de los principios mas elevados de la galanteria caballeresca, pueden caracterizar, como conviene, el verdadero fondo de las epopeyas del ciclo breton; y entre todos los que aquí no han sido citados todavía, ninguno, quizás, reune condiciones mas generales, ni carácter mas decidido que el poema de Lanzarote del Lago[1], cuyo extracto baste tal vez para justificar la preferencia.

Existia en el reino de Genevis un monarca, llamado Ban, cuyos súbditos se sublevaron con ánimo de darle muerte porque no sabia gobernar, logrando en una guerra tenaz lanzarle de castillo en castillo, y acabando por obligarle á refugiarse con su muger, la dulce y bella Clarina, y su hijo Lanzarote, que apenas contaba dos años, en una caverna lejana y á orillas de un lago, donde el infeliz Rey, herido, fatigado y muerto de sed, espiró queriendo beber algunas gotas de agua fresca en la mano de su compañera de infortunio. Clarina, sola en aquella desesperacion, toma en brazos á su hijo para internarse en la gruta, cuando una hada, que espiaba aquel momento, se lo arrebata, llevándole en un vuelo

[1] No se ha encontrado todavía el poema primitivo, y es conocido tan solo por algunas transformaciones en prosa, ó por versiones extranjeras y extractos de las mas autorizadas entre las antiguas.

rápido á su Reina, cuyos dominios se dilataban en el fondo de las aguas con todas las maravillas que mas pudieran recrear la vista conservando la inocencia en el espíritu. La Reina de las hadas, sabedora de que Lanzarote seria el mejor y mas valeroso de los caballeros, habia ordenado que se lo llevasen para educarle cuidadosamente, lejos del mundo y de todo mal ejemplo, hasta la edad viril; y destinábale á realizar el desencantamiento de un hijo suyo, llamado Mabouz, condenado á ser el mas cobarde y vil de los hombres, hasta que el mas intrépido de los mas famosos héroes de la Caballería, esperimentase, á su presencia, violentísimos accesos de terror y de miedo, preparando con su profundo saber de hada y con su perspicaz prevision de madre los sucesos que conducen á la salvacion de su hijo y á la derrota y muerte de Ywaret, guerrero terrible, vecino y adversario de Mabouz, á quien iba despojando de cuasi todas sus tierras.

Catorce años contaba Lanzarote, adornado ya de cuanto dar podia la mas cumplida educacion caballeresca, cuando sintió vivos deseos de ver mundo y saber quién era, ó de dónde procedia. Con el beneplácito de la Reina de las hadas, y no sin recibir de sus manos ricos presentes y de su ciencia provechosos consejos, partió el jóven paladin del reino donde con tanto esmero habia sido educado; y transcurridos muy pocos dias, tuvo ya varios encuen-

tros con algunos valientes caballeros, de quienes supo la magnificencia y nobleza del rey Artús, y se distinguió en un torneo dando muerte á un caballero malsin que habia rehusado á una hija suya el permiso de casarse conforme á su deseo.

La primera aventura, en que pone á prueba Lanzarote su valor, es la de Lymors, ciudad donde reina la singular costumbre de exigir, á cuantos caballeros crucen por sus calles, que lleven un ramo de olivo, la cabeza desnuda, el casco en la mano, las armas inclinadas al suelo, en señal de homenage, y que protesten en voz alta de su amor á la paz, quedando condenado todo el que de otra manera obre á expiar su osadía en la forma que decidiera el Gobernador de la fortaleza, si en el momento no era inmolado al furor de la muchedumbre. Lanzarote, ignorante de prácticas tan extrañas, entra por las puertas de Lymors con el atavío bélico de un caballero; y apenas podia ya resistir el ciego arrebato popular, cuando la bella Adé, sobrina del Gobernador, se precipita á salvar al imprudente. Logra, en efecto, con enérgica destreza librarle de aquellos feroces partidarios de la paz; pero no puede sustraerle al poder legal de su tio. Encerrado en una torre sombría, sin conocer la suerte que le espera, sabe al cabo por Adé, en cuyo pecho arde la llama del amor, que es inevitable su muerte, si no logra salir triunfante de una triple prueba, en que

debe matar á un terrible gigante, despues á dos leones, y por último al mismo Gobernador, caballero famosísimo y mas temible que los leones y el gigante, añadiéndole que si triunfa, no solo salva la vida, sino que gana su mano y el señorío de aquel estado. Como es natural, sale Lanzarote vencedor de los tres combates, quedando en posesion de un extenso dominio y de una bella esposa y cundiendo la fama de sus proezas hasta la corte de Artús.

Podia ser el amor de Adé obstáculo á la carrera caballeresca del héroe; mas la tierna esposa solo exige acompañarle, y parten en busca de aventuras. Seguidos de Teobaldo, hermano de tan leal princesa, llegan á una ciudad hermosa y grande, llamada Chalidimort, que la Reina de las hadas del lago habia construido para su hijo Mabouz, con el intento de ocultar en el misterio su cobardía, su perversidad y sus infamias. La ciudad estaba encantada, y cuantos entraban en ella, sin ser invitados por su señor, se hallaban tanto mas cobardes cuanto mas valientes habian sido, perdida toda idea del honor y de los deberes caballerescos. Libres de sospecha y recelo penetraron Lanzarote, Adé y Teobaldo en la ciudad; y como el efecto del encantamiento era proporcionado al valor del que lo sufria, quedó el hijo de Clarina trocado, de improviso, en el mas *follon* de todos los caballeros *follones* y en el mas ruin y villano á los ojos de Mabouz. Reduci-

do Lanzarote á la mas estremada bajeza, sufre cobarde insultos afrentosísimos, y la noble Adé se desespera viendo roto por tantas vilezas el vínculo que la unia al que poco antes era modelo de los caballeros, renuncia al hombre de quien no puede ser muger, ni amiga sin deshonrarse, y huye para siempre con su hermano Teobaldo.

Pocos dias transcurrieron desde la partida de Adé, cuando asordaban la ciudad grandes estrépitos de armas y desusado griterío, levantándose al rededor de las murallas devorador incendio y poblando la llanura numerosas falanges de caballeros armados, seguidas de incontable muchedumbre. Era el formidable vecino de Mabouz, el terrible Ywaret, que se proponia tomar la ciudad dando el último golpe al señorío del mas cruel de los tiranos. Constérnase Mabouz á semejante nueva; pero recuerda la prediccion de su madre asegurándole que hallaria salvador entre sus prisioneros, y envia luego varios pajes para que armen á Lanzarote y le conduzcan al campo. Sumido en vergonzosa *folloneria*, niégase á tomar parte en combate alguno con pueril y torpe resistencia: llévanle arrastrando al puente levadizo; vístenle por fuerza su armadura; lánzanle sobre su caballo; y no bien toca la silla del bridon, cuando, deshecho el encantamiento, recobra su primitivo esfuerzo. Con inesperado arrojo se precipita sobre los enemigos; atropella, mata y despedaza á

cuantos se oponen á su paso; llena de espanto á los mas fuertes; cruza de una parte á otra sembrando la desolacion, sin cesar en la matanza mientras descubre en el campo un solo combatiente.

Llegada la noche, llévale su buena estrella á un monasterio donde sabe por boca del abad, en cumplimiento de los designios de la Reina de las hadas, que era el enemigo de Mabouz un personage poderoso, cuya fama se dilataba á muy lejanos paises, que poseia tres grandes estados y tenia una hija, llamada Yblis, modelo perfecto de altos sentimientos, de virtudes y hermosura. Ywaret, padre apasionado de la jóven princesa, se habia propuesto no separarse de ella, y sin embargo debia darla por muger al venturoso caballero que le venciese en palenque cerrado, si bien el montículo, donde yacian amontonados los huesos de los guerreros que osaron combatir con él, revelaba su denuedo y le declaraba invencible. Ademas era el sitio donde ponia el palenque un soto encantado, cuyo ambiente enervaba la fuerza del espíritu y la energía del corazon, dejando ya medio vencidos á los caballeros su perniciosa influencia. De un tilo copudo, que se alza junto á una fuente, pende una campana donde deben darse tres golpes para que Ywaret se presente en la palestra. Todos los pormenores, de que ha enterado el cenobita á Lanzarote, aumentan su deseo de trabar combate con el terrible caballero del soto.

Mientras el hijo de Clarina escucha al abad, en un sueño misterioso vé Yblis, donde tienen lugar las luchas, un jóven y hermoso caballero, dueño futuro de su corazon y de su destino; y apenas amanece, se levanta impelida por un sentimiento irresistible, corre al soto, y encuentra un guerrero armado de piés á cabeza, en ademan de ir á tocar la terrible campana, idéntico en todo al que habia visto en sueños. Intenta Yblis impedir el combate que presiente, refiriendo á Lanzarote su vision, confesándole que le ama y se propone seguirle á condicion de no pelear con su padre, y su belleza sin par y sus amorosas palabras llegan á conmover al guerrero; pero tiene á deshonor rehusar el combate; da los tres golpes en la campana, y al momento aparece Ywaret. *¿Qué quieres?* dice el enemigo terrible de Mabouz.—*Tu hija y tus estados.* Contesta el caballero. Trábase entonces empeñada lucha; y la bella Yblis, que habia caido en un profundo desmayo, al volver en sí, halla en lugar de un padre, un esposo.

La parte mas original del poema termina verdaderamente con este suceso; y sin embargo, todavía mas adelante reconquista Lanzarote el reino de Genevis, adquiere con sus hazañas fama inmortal en la corte de Artús, y llega á ser uno de los héroes mas ilustres y gloriosos de la Caballería.[1]

[1] *Histoire litteraire de France.* Tom. XXII. Pag.s 215—222.

Queda mas arriba indicado que no alcanzó el clero la reforma de la clase guerrera ligándola enteramente á sus proyectos; pero si no logró transformar aquellas castas belicosas é independientes en soldados exclusivos de la Iglesia, su influjo no quedó sin resultado, ni su espíritu sin verdadera representacion. Como en los poemas del ciclo de Artús ó de la Tabla-redonda se traspasaban los límites del sentimiento y se hollaban los principios de la moral en la exaltacion profana del amor y en el afan exagerado de una gloria negativa ó absurda, la reaccion contraria al dominio preponderante del espíritu mundano y aventurero creó entonces otros poemas, como correctivo poético de los desvaríos caballerescos, como expresion de otra tendencia enteramente religiosa, severa y mística, que formaron el subciclo del Santo Grial[1]; y sus héroes tienen por fin la defensa y el culto de la Escudilla que sirvió á Jesucristo y á sus discípulos en la Cena y despues fué designada por los poetas con este nombre.

Ya en la forma exotérica de los poemas del Santo Grial hay algo de misterioso y de inefable, que la mirada humana no puede penetrar, ni la palabra describir. El Vaso sagrado dicta oráculos y sentencias, prescribiende cuanto debe hacerse por su ho-

[1] Las palabras *graal* y *greal* son formas particulares de *grazal*, que significa vaso en general, y mas estrictamente escudilla ó taza, segun afirma Mr. Fauriel en su Ob. cit. Tom. II. Pág. 441.

nor y en su servicio, y no con palabras, sino con figuras y caracteres que aparecen en su superficie y desaparecen así que se han leido. La vista y el culto del Santo Grial causan á sus servidores cierto gozo místico, presentimiento y mensajero de el del cielo, les suministra los alimentos mas esquisitos y raros que pueden desearse, los conserva en una juventud eterna y les asegura otros muchos privilegios, no menos maravillosos. La construccion del santuario en que se guarda la Escudilla sagrada es de todo punto simbólica y en relacion con los dogmas, ó misterios del cristianismo. Existe una milicia guerrera instituida en honor y defensa del Santo Grial; y para ser admitido en esa caballería es necesario ser modelo de santidad y de pureza. Está prohibido todo amor sensual y todo pensamiento impuro, aun en los límites del matrimonio; y es objeto del mas estremado rigor la violacion de este mandamiento. Recompensa de tantas privaciones y de los trabajos al instituto inherentes era para los caballeros la eternal bienadanza y el dar fácil cima á las empresas, no pudiendo ser heridos en el dia en que habian gozado la presencia del Vaso, ni muertos (aunque si heridos) en los ocho dias siguientes. Para el caballero de la milicia del Santo Grial todo sacerdote cristiano, desde el momento de recibir las primeras órdenes, era un rey verdadero, mas poderoso que los reyes del mundo, pues que habia sido

constituido en aquella dignidad por Dios mismo, con el poder de atar y desatar cosas de mas elevada esfera que las puramente terrenales ; y solo podia ser conferida por mano de un sacerdote la investidura de aquella caballería, siendo parte la elevada dignidad de su gefe á que imaginasen los poetas una raza de héroes predestinada por el cielo á oficio tan alto, atribuyendo á quien á tal honra subia, magestad y título de *Rey del Santo Grial.*[1] De la piadosa y santa raza de José de Arimathea, destinada para guardar aquel piadoso depósito y ligada de antiguo con los Príncipes de la Bretaña, procedia el caballero Perceval, héroe del poema mas notable de este peregrino subciclo, cuyo análisis servirá para dar á conocer su espíritu y su fondo.[2]

Era el caballero Amfortas último descendiente de los piadosos héroes á quienes el cielo habia confiado la custodia y defensa del Santo Grial: dado profanamente al servicio amoroso de una dama, habia sido herido de una lanzada y condenado á llevar en la llaga el hierro, padeciendo muy horribles dolores hasta que le visitase en su castillo de Monte-salvage un jóven guerrero, querido del cielo por sus virtudes, por la inocencia de su vida y la sencillez de

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. II. Pág.s 331—334.

[2] Tampoco se ha encontrado todavía el poema de Perceval en su primitiva redaccion, y es preciso apelar á las versiones y extractos mas próximos al original de la Provenza.

su carácter y destinado á sucederle en la dignidad de gefe de los caballeros del santo Vaso. Este guerrero era Perceval.

Dominado por su espíritu aventurero habia recorrido su padre Gamuret gran parte del mundo, domando caballeros invencibles y obteniendo el amor de las mas altivas princesas, entre las cuales se contaba la Reina de Sasamank, en quien tuvo un hijo llamado Feravis; pero no tardó en abandonar á la hermosa pagana por venir á España ó Francia, donde cristianamente se casó con la sin par Arlóida, hermana de Amfortas y madre de Perceval. Aunque Gamuret adoraba á su bella esposa, de nuevo sacóle su aficion desmedida por las aventuras á correr mundo; y fué muerto, á traicion, en Babilonia, ó en otro punto todavía mas lejano, para mayor desconsuelo de la tierna Arlóida.

Tan inesperado desastre inspiró á la madre de Perceval el afan de librar á su querido hijo de un fin semejante, criándole en el fondo de un bosque, ocultándole su verdadero nombre y dejándole ignorar todo lo que pasaba fuera de aquella soledad donde únicamente se habia ejercitado en la caza. Estando un dia en el campo, oye el hijo de Gamuret el crugir de una armadura y el galope de un caballo, y vé acercársele un guerrero sobre un soberbio corcel, vestido un rico arnés que centelleaba á sus ojos, reflejando los rayos del sol. Sorprendido Perce-

val juzga que solo Dios puede aparecer tan hermoso: pregunta al extranjero, y por él sabe todo lo concerniente á la institucion de la Caballería, cuyo relato le inspira curiosidad irresistible. Cuando vuelve á ver á su madre, ya no es el mismo: refiérele cuanto acaba de sucederle; declara su firme propósito de recibir órden de caballería de manos del rey Artús; y conociendo Arlóida que seria inútil contrariar su destino, le da lecciones de galantería caballeresca, resignada á verle partir tal vez para siempre.

Al cabo abondona Perceval á su cariñosa madre. Intérnase en la espesísima selva de Breselianda, y despues de haber caminado algun tiempo, oye grandes lamentos junto á una inmensa roca y descubre á una noble dueña que tenia en sus brazos un cuerpo muerto embalsamado. Era Siguna, hermana tambien de Amfortas, heroina que figura en el poema de *Titurel* como acabado modelo de ternura conyugal, que pasa la vida estrechando contra el dolorido seno el cadáver de su esposo, llorándole sin tregua hasta el instante deseado en que una misma tumba los sepulte. Por las circunstancias que de su educacion relata el jóven caballero adivina la dama con quien conversa, juzgando llegada la sazon de revelarle cuanto su madre le habia ocultado. Perceval conoce ya su nombre y sabe que le pertenece de derecho la corona del reino de Nogalle; mas no son bastantes estas noticias á torcer sus proyectos y

prosigue su camino hácia la córte del rey Artús. Al dar vista á Nantes, por entonces residencia del monarca breton, encuentra un guerrero llamado Yvanet y con mayor gloria el *Caballero Rojo*, nombre debido á su soberbia armadura, poco antes excluido del número de los comensales de la *mesa redonda* por haber derramado una copa de vino sobre el trage de la reina Ginebra. Saluda Yvanet á Perceval, y sabiendo que se dirige á la córte de Artús, le muestra la copa de oro de la Reina, suplicándole que revele su propósito de no devolver aquella preciosa joya, sino cuando un caballero la conquiste con las armas en la mano. Preséntase Perceval al noble Rey de la Bretaña, como portador de tan singular mensage; y con la extremada sencillez de sus palabras, con su especial vestimenta, con su natural gallardía y con su rusticidad juvenil interesa á todos y en particular á las damas, cuyo instinto delicado adivina en su noble continente al héroe futuro. Aliéntale tan benévolo recibimiento, y ambicionando para sí la brillante armadura roja, que tanto le habia deslumbrado, solicita y obtiene permiso de Artús para adquirirla venciendo al que la lleva. Aun cuando necesita combatir con un campeon muy temible, siendo tan desiguales las armas, da muerte á su contrario, se apodera de su corcel y de sus bélicos arreos y toma desde aquel instante su nombre caballeresco en memoria de tan singular hazaña.

Provisto ya de cuanto un guerrero necesita, resuélvese á no tornar á la córte del monarca breton sin alcanzar verdadera gloria, y caminando de nuevo en busca de aventuras, llega á la ciudad de Beaurepaire, donde le dispensa cortés acogida Conduiramor, reina de aquel estado, jóven de sorprendente belleza, huérfana y objeto de las iras de su vecino el rey Klamide, quien se venga de los desdenes de la desvalida soberana, asolando sin cesar sus territorios. Al ver á Perceval, concibe Conduiramor alta idea de su esfuerzo; y suplicándole que la proteja, sale á campaña el jóven paladin, derrota dos veces el ejército enemigo y vence en singular batalla al soberbio monarca que lo conduce. Enamorada la hermosa Conduiramor, y agradecida á tan insigne servicio, rinde á un mismo tiempo al nuevo *Caballero Rojo* su corazon y le da con su mano el dominio de su reino.

Parecia bien hallado con su ventura en brazos de su bella esposa, cuando, al recuerdo de los deberes filiales, parte Perceval á ver á su amorosa madre. De vuelta ya para su reino, llega al tramontar el sol á orillas de ancharoso lago donde halla una barca llena de muy extraños personajes, entre los cuales divisa uno que parecia señor de los demas, bien que agobiado al peso de terribles dolores. Perceval pregunta dónde podrá encontrar albergue durante la noche; y sabido del personaje superior que no habia, en trein-

ta leguas á la redonda, morada ninguna, salvo un castillo que se elevaba sobre riscosa montaña, toma el camino que le indican; llega al foso; pide que bajen el rastrillo, y manifestando que le ha dirigido el señor de aquel territorio, se halla muy luego entre multitud de caballeros que le reciben con extremada cortesía y ayudándole á desarmarse le cubren despues con un magnífico manto árabe. El castillo en que se albergaba el hijo de Arlóida, tan rico y extenso como melancólico y silencioso, es el de Montesalvage, donde se custodia y venera el Santo Grial; el personage de porte mas distinguido Amfortas, cabeza de los caballeros sagrados, que lloraba el castigo de sus extravios amorosos. Conducido Perceval á un salon inmenso, queda deslumbrado ante su extraordinaria magnificencia, viendo allí colgadas en el muro cien coronas que rematan en llamas resplandecientes y contemplando cien lechos cubiertos de preciosos paños de seda y gallardos pebeteros de mármol en que ardian á la par el áloe y el sándalo. En el centro, recostado en lecho riquísimo, aparece el dolorido Amfortas, quien le invita á sentarse para esperar la hora de comer. Presentian todos los moradores del castillo que aquel caballero era el destinado á curar las heridas del infeliz Rey del Santo Grial y á sucederle en su elevadísimo ministerio; y como era preciso para que esto se realizase que preguntara el huésped la significacion de lo que veia, iban presentan-

do maravilla sobre maravilla para excitar su curiosidad y su asombro. Trás un escudero que traia una lanza de la cual brotaba sangre, causando un grito de dolor que llenaba el ámbito del castillo, aparecen dos vírgenes, vestidas de escarlata y coronadas de flores, llevando cada cual un candelabro de oro con cirios encendidos. Poco despues entran otras dos trayendo un taburete de marfil que ponen á los piés de Amfortas. Síguenlas ocho damas con verdes trajes, cuatro de las cuales llevan grandes cirios encendidos, sosteniendo las otras cuatro rica mesa, labrada de una sola piedra preciosa. Vienen, en pos de ellas, otras, exornadas tan magníficamente como las primeras, ostentando varios objetos destinados tambien al servicio del Rey del Grial; y precedida de seis doncellas se presenta, por último, la reina Orbanza, tan hermosa y tan gentilmente engalanada, que ángel del cielo parecia mas que humana criatura, mostrando en sus purísimas manos la sagrada Copa de la Cena, como único sér digno de tocarla. Colocada por la noble Princesa en preciosos cojines, aparecieron cien mesas, al rededor de las cuales tomaron asiento los cuatrocientos defensores del Santo Grial, cubiertas milagrosamente de las mas exquisitas viandas y de las mas delicadas bebidas, hasta saciar el apetito de todos los caballeros, sin que osara Perceval dirigir la mas leve pregunta sobre cuanto vé y contempla con verdadero asombro. No podian

producir efecto las interrogaciones sin ser hechas antes de terminar el primer dia en que morase el futuro Rey en el castillo; y Amfortas, cuyas esperanzas iban desvaneciéndose á cada momento que pasaba, manda traer una espada preciosísima, cuyo pomo remataba en un rubí enorme, y se la ofrece con deferente cortesía, pensando excitar su curiosidad con el régio regalo; pero la espada es aceptada en silencio, y hasta la hora de acostarse ninguna pregunta sale de los labios del *Caballero Rojo*. Al despertar, los primeros objetos que se presentan á su vista, de una manera milagrosa, son su lanza, su casco, su armadura y sus espadas. Se arma; corre todo el castillo; llama por todas partes y nadie le responde. Lleno de sorpresa desciende á un patio, donde halla su caballo: las puertas girando sobre los goznes con estrépito, se abren, como para lanzarle de aquel recinto misterioso, y al precipitarse fuera con el terror que le domina, oye una voz pavorosa que le grita: *Huye, hijo de maldicion! Aléjate, caballero indigno!*

Caminaba Perceval por un extenso bosque lejos ya del castillo de Monte-salvage, cuando halla nuevamente á Siguna que le pregunta luego de dónde viene. Todo lo que puede hacer para satisfacerla es contar cuanto le ha sucedido; y como no era misterio para esta noble señora lo que se referia al Santo Grial, al destino de Amfortas y al de su sobrino,

descúbrele las consecuencias de su estúpido silencio y las misteriosas circunstancias de la espada que aceptó en el castillo de Monte-salvage. Era una espada maravillosa que podia romperse una vez, pero cuyos pedazos sumergidos en cierto manantial, designado por Siguna, debian unirse al instante, formando una nueva hoja que nunca se romperia, ni contra el hierro, ni contra el diamante, cualquiera que fuese la fuerza del golpe dado con ella. Hecha esta revelacion, rechaza lejos de sí, con exaltada rudeza, la hermana de Amfortas al pobre hijo de Arloida, que, lleno de asombro, apenas acierta á comprender cuanto habia llegado á sus oidos.

Nuevamente se dirige Perceval á la corte de Artús. Precédele la fama de sus heróicos hechos por la multitud de caballeros vencidos que habia enviado á rendir homenaje al Rey breton; y á su llegada es recibido con vivas demostraciones de júbilo y aclamado caballero de la Tabla-redonda. Al recibir cordiales parabienes y muy lisonjeros elogios por sus hazañas, preséntase la hechicera Gondria, conjunto inconcebible de monstruosidades y de perfecciones intelectuales; y dirigiéndose al noble Artús, le manifiesta que la Tabla-redonda ha sido profanada, acriminando duramente á Perceval por su torpe conducta en el castillo de Monte-salvage. La maga desaparece despues sin esperar contestacion alguna; y como repetidas veces ha oido el *Caballero*

Rojo calificar de crímen vergonzoso su silencio en el castillo de Amfortas, acaba por creerse culpable, resolviendo conquistar con nuevas proezas cuanto ha perdido con su ignorancia.

Parte cruzando de nuevo cerradas selvas y extensas soledades; vence á muchos caballeros y tiene multiplicados encuentros, sin lograr descubrir el castillo maravilloso del Santo Grial, ni hallar quien le dé la menor noticia. Recorre muchos paises desconocidos: atraviesa las Gálias; da la vuelta á Irlanda; torna á la Bretaña y pasa por la corte de Artús; tramonta sierras y valles; hasta que al fin llega un dia á la ermita de Fuente-salvage, donde vive Treverizano el anacoreta. Era este piadoso eremita hermano de Amfortas y de Arlóida: pasada su juventud en aventuras y galanterías, vuelve al cabo en sí, espantado del castigo que por un amor profano padece el Rey del Santo Grial, y abjurando de la vida caballeresca, retírase al yermo, donde lleva la vida mas austera y santa. Perceval y el solitario se cuentan recíprocamente sus aventuras; y como Treverizano, que habia sido caballero del Sagrado Vaso y conocia profundamente la ciencia de la Religion, era el hombre mas adecuado para dirigir al futuro Monarca, le induce á pasar dos semanas haciendo penitencia en su compañía; le absuelve de todos los pecados, y le despide despues inspirándole la mas plena confianza de llegar pronto al término de las

pruebas. Al salir de la ermita de Fuente-salvage, encuentra Perceval á su hermano Feravis, hijo de Gamuret y de la Reina de Sasamank, que venia con numeroso ejército de paganos á inquirir en la Bretaña noticias de su padre; y aunque no le conoce, un combate tiene lugar entre ambos campeones, sin ventaja por ningun lado, y hace que se reconozcan y determinen partir juntos para la corte de Artús. Apenas llegan á la capital de la Bretaña, cuando nuevamente se presenta la hechicera Gondria, no sañuda como antes, sino declarando que el Santo Grial ha designado para guarda suyo y sucesor de Amfortas al noble hijo de Arlóida, y que le esperan con grande impaciencia en el castillo de Monte-salvage. Parte Perceval y se fija en su nuevo estado con su bella esposa Conduiramor y su hijo primogénito Lohengrin. Feravis se hace cristiano; se casa con la hermosa Orbanza, y se dirige con ella á la Persia, ó á la Arabia, para gobernar su reino y convertirlo á la fé de Cristo.[1]

La rica poesía de la Provenza no solo espació sus amorosas inspiraciones en las epopeyas del ciclo de Artús, sino tambien en otros poemas que tomaron por fondo la historia tradicional del pais, localizando el espíritu galante de la edad media. Entre los mas interesantes y los mas conocidos figuran

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. III. Pág.s 119—144.

Pedro de Provenza y la hermosa Magalona y Aucasino y Nicoleta. Ha sido el primero traducido á todas las lenguas, y es entre nosotros popular en una breve historia que venden los ciegos en las ferias; pero hasta en las mutilaciones, á que sucesivamente le han condenado sus fatales abreviadores, conserva alguna parte del interés y del encanto que caracterizan sus páginas: el segundo, escrito en prosa con intercalaciones de versos para pintar las situaciones mas características, es un conjunto de sencillez y elegancia; y aunque sin salir del círculo de las escenas familiares de la vida, no carece de originalidad presentando al héroe con ciertos rasgos de ironía irreligiosa, de irreverencia filial y de indiferencia por la gloria caballeresca, que son verdaderas singularidades en una obra de su género.[1] Pero necesario es renunciar á exponer aquí el argumento de estos poemas, tanto por la precision que hay de descender á pormenores minuciosos y extensos, cuanto por ofrecer menor interés en esta investigacion destinada á los grandes ciclos y subciclos provenzales, entroncados en todas las literaturas europeas.[2]

Aunque no se pueda conceder el nombre gerárquico de ciclo al conjunto de poemas provenzales que

[1] Fauriel. Ob. cit. Tom. III. Pág.s 181—185.

[2] En el capítulo que consagra Fauriel á los poemas de interés puramente local se halla traducido al francés el de Aucassin et Nicolette. Ob. cit. Tom. III. Pág.s 186—218.

tienen por base la historia y la mitología del clasicismo pagano, por haber quedado en cierto modo agotadas las tradiciones carlovingias y bretonas y en decadencia el espíritu poético[1], forzoso es con-

[1] Tal es la opinion del Dr. D. José Amador de los Rios, conforme tambien con la de Mr. Fauriel. Y en verdad que la Facultad de Filosofía y Letras ha perdido últimamente una de sus mas interesantes asignaturas, indispensable ademas como complementaria en los estudios del doctorado, con la supresion de la cátedra en que tan competente profesor explicaba *Literatura extrangera*, ó *Literatura de las lenguas neo-latinas.* Abrazaban sus lecciones los doce siglos que median entre la muerte verdadera de las letras paganas y el pleno renacimiento clásico de las literaturas modernas, el magnífico período del arte cristiano por excelencia; y no existiendo en la organizacion actual de la Facultad ese importantísimo estudio, queda un vacío en la carrera de Filosofía y Letras, que antes se llenaba con fructosos resultados siguiendo las explicaciones del señor Rios, y ahora solo podrán llenar, á costa de prolijas tareas, los muy dados á penosas investigaciones. Cualquiera otra supresion hubiera sido menos inconcebible, inclusa la de la *Literatura de las lenguas de orígen teutónico* (explicada, tan solo en el curso del 57 al 58, por el sábio catedrático de *Historia de la Filosofía* D. Julian Sanz del Rio), ya que al menos podia ser una excusa el desconocimiento cuasi general entre nosotros de las lenguas septentrionales; pero no se alcanza qué motivo ha hecho suponer poco importante, ó innecesario, el estudio de las letras en los siglos medios, cuando se forman los idiomas meridionales y dan sus primeros vagidos las literaturas neolatinas, cuando entre los himnos religiosos, los misterios sagrados y los primitivos cantos guerreros, surge la rica poesía provenzal y se alzan otras con nobilísimos acentos y con sublimes inspiraciones. Así quedarán sin explicacion oportuna muchos fenómenos misteriosos, que son sencillos y naturales cuando con

sagrarles tambien dos palabras, dando una ligera idea de sus condiciones peculiares.

Con la preponderancia que habia tomado lo maravilloso en la accion de los poemas caballerescos, las historias lejanas de los griegos y romanos ofrecian materia fecunda y dócil para las mas prodigiosas creaciones; y en el siglo XIII, los poetas cultos, alimentados con la lectura de los antiguos y deseosos de manifestar su erudicion en temas desconocidos de la inculta muchedumbre, buscaron en la expedicion de los Argonautas, en la guerra de Troya, en las contiendas de Tebas y en las conquistas de Alejandro, nuevos derroteros á su imaginacion, bajo la misma forma, con los mismos caracteres locales y con idéntico espíritu, que en los poemas de fondo histórico breton ó franco. Ya á fines del siglo XI, en una leyenda del Languedoc, se habia dado á conocer la historia de Ulises con el solo disfraz de los nombres en los personages, localizando los caracteres y los pormenores; y era muy natural en una época en que todas las naciones, pretendiendo descender de los troyanos, consideraban como pro-

perspicuidad crítica se ponen de manifiesto las causas que los producen: así necesariamente acontecerá que adolezcan de graves errores los que no han sido encaminados por las tortuosas veredas de los siglos medios para ver los vínculos del arte aun cuando se presenta con opuestos caracteres, los elementos que han ido enriqueciendo, ó desnaturalizando cada literatura.

pios á los héroes de Ilion, y cuando las Cruzadas llevaban á los guerreros de Europa por los lejanos paises del Asia, que interesasen vivamente, tomando un colorido local, todos los asuntos de los tiempos heróicos del clasicismo pagano, cuyas analogias con los de la edad media eran favorables al espíritu caballeresco y á las invenciones maravillosas.

Para dar vuelo á las ficciones de la Caballería, desecharon los poetas provenzales la parte mitológica de los asuntos clásicos; transformaron á los rudos héroes de Grecia y Roma en caballeros corteses y galantes; convirtieron los palacios en castillos encantados; y con este atavío, segun el gusto y el espíritu de la época, iba naturalizándose en las naciones modernas y penetrando en el nuevo mundo literario la antigüedad pagana que habia de transformar despues con su poderosa influencia el genio poético europeo. Entre todos los héroes del mundo gentílico ninguno se prestaba tanto á una transfiguracion caballeresca como Alejandro el Grande, guerrero valeroso, magnánimo, apasionado, cuyo nombre con razon prepondera en los poemas de asuntos clásicos; pero Alejandro, como Héctor y Aquiles, como todos los guerreros de la Tebaida, son personajes caballerescos, y las epopeyas, que han tomado su fondo en las fábulas ó historias de Roma y Grecia, hijas tambien de la gran familia épica que produjo el númen poético de la edad media, crea-

ciones del génio provenzal que con tan rica y tan brillante corona levanta su cabeza, abriendo nuevos horizontes en la esfera de las modernas literaturas.[1]

Aislado entre los poemas de los ciclos carlovingio y breton y aparte de los compuestos sobre asuntos clásicos y tradiciones locales, se halla la CANSÓS DE LA CROZADA CONTR' ELS EREGES DALBEGES, ó HISTORIA EN VERSO DE LA CRUZADA CONTRA LOS ALBIGENSES[2], escrita por un contemporáneo de los hechos que refiere.[3] Atendiendo tan solo á las condiciones convencionales con que la legislacion del arte determina y reduce, este cuadro histórico en forma poética, ni debe ser calificado de poema, ni tal vez obtener aquí un lugar; y sin embargo, no parece justo que se niegue una honrosa conmemoracion á un canto épico donde los acontecimientos y los personages aparecen en esa vida pintada con el colori-

[1] Mr. Demogeot trata con mas extension de los poemas de asuntos del clasicismo griego y romano, y forma con ellos un ciclo particular en su *Histoire de la litterature francaise.* Deuxiéme edition. Pág.s 107—118.

[2] CANSÓS DE LA CROZADA CONTR' ELS EREGES DALBEGES, ó HISTOIRE DE LA CROISADE CONTRE LES HÉRÉTIQUES ALBIGEOIS, écrite en vers provençaux par un poëte contemporain, traduite et publiée par M. C. Fauriel, dada á luz en la «Colection de documents inédits sur l' histoire de France,» en la série primera que corresponde á la «Historia política.»

[3] Véase el apéndice que va al fin.

do de la verdad, pero solo vista por la penetrante mirada del poeta. Ni en su entonacion, ni en su estilo, tiene nada de comun con las frias y descarnadas crónicas de aquellos tiempos una obra que abunda en epítetos característicos y en rasgos pintorescos de acertada exactitud, en pasajes de originalísima belleza, en creaciones de alta inspiracion y profundo conocimiento del corazon humano. Si solo tuviera viveza en la narracion, tendencias elevadas y miras trascendentales al considerar los acontecimientos, incontrastable y rígida equidad contemplando los hombres y las cosas, ese documento no saldria de la esfera de la historia con toda la superioridad que justísimamente le atribuyera la crítica; pero allí se ven delicadezas de ingénio en las alabanzas que sabe prodigar á los tolosanos por boca de sus mismos enemigos y en las manifestaciones del odio mas implacable; allí se hallan creaciones como la del carácter de Simon de Monforte en toda su violenta energía, en la fanática fiereza con que impone su voluntad, y en la humilde sumision con que pide á los prelados perdon de sus impaciencias, ó sus arrebatos; allí se pintan las asambleas guerreras haciendo hablar á los personages con sus ideas y sus pasiones, segun sus intereses y su posicion, en discursos dramáticos de incomparable verdad; y tantas y tan altas cualidades colocan la HISTORIA EN VERSO DE LA CRUZADA CONTRA LOS ALBIGENSES en la

elevada categoria de las composiciones épicas.

La descripcion, tan solo, del famoso concilio de Letran bastaria para dar nombre y crédito á un poeta, en su originalidad y en sus admirables rasgos. ¿Qué importa que aquel concilio no se verifique segun los cánones de la Iglesia, sino como una deliberacion conforme á las prácticas de las cortes feudales, si esa inexactitud no destruye la verdad del suceso histórico en el campo de la poesía y en cambio le da vida y acrecienta el interés en la personalidad activa de cada interlocutor? En esa singular asamblea estallan ante el Vicario de Cristo las tormentas de los intereses opuestos y de las pasiones. Dos partidos se hallan frente á frente: el de los barones despojados por el ambicioso Monforte reclama contra la usurpacion violenta del intransigente campeon de la cruzada: el de los prelados, entre los cuales tambien alguno favorece la pretension de los vencidos, declara y sostiene la legitimidad y la justicia de cuanto se ha hecho. Las pasiones, los intereses, los sentimientos que luchan en el concilio, son los que realmente lucharon en los personages de aquella singular contienda; y sin dejar de ser históricos, en cuanto la verdad pueda exigir, tienen todo el realce que da la poesía, en creaciones originalísimas, en frases de cuasi sublime concision y en rasgos de alta entonacion épica.

III.

EXÁMEN CRÍTICO DEL POEMA INTITULADO: GERARD DE ROSSILLON.

Entre las epopeyas caballerescas de la lengua de *oc* existen varias de carácter feudal, muy dignas de maduro exámen, y descuella sobre todas la célebre *cancion de gesta*, cuyo título es: GERARDO DE ROSELLON. Los poetas que cantaban y leian sus versos en los castillos de los barones, cuyos abuelos habian luchado contra los últimos monarcas carlovingios y hecho girones el manto imperial franco, al referir los combates y el valor con que aquellos guerreros habian conquistado su independencia, forzosamente debian ensalzar á los señores feudales deprimiendo á los príncipes soberanos de la Francia; y con frecuencia el mismo Carlomagno aparece en ellos caprichoso, vengativo, crédulo, cobarde y desleal,

atribuyendo á su glorioso nombre la incapacidad y la bajeza de sus sucesores y pintándole con los rasgos mas comunes en aquellos degenerados monarcas. Este mismo espíritu predomina en el poema, cuyo héroe, Gerardo de Rosellon, es tipo verdadero de los valerosos campeones del feudalismo.

Era este personage histórico sobrino de Luis el Benigno y hazañoso por extremo. En las contiendas de Ludovico con sus tres hijos Lotario, Cárlos y Luis, Gerardo tomó parte en favor del padre contra estos rebeldes desnaturalizados y obtuvo, en recompensa de sus servicios, el condado de París, que le dió el agradecido monarca. Cuando Luis el Benigno murió, Lotario, poseedor de las Galias y de la Italia con título de emperador, declaró la guerra á sus hermanos con el objeto de arrancar á Cárlos la Aquitania y la Neustria, á Luis la Germania; y habiéndose declarado el Conde de Rosellon en favor de Lotario, vencido en la batalla de Fortanet (841), perdió el condado de París, si bien, cuando se ajustó la paz entre los tres hermanos, el primogénito le cedió el ducado de Borgoña. Al morir Lotario constituyó la Provenza en reino para Cárlos, el menor de sus hijos, dejándole por tutor á Gerardo; y como el cetro era excesivamente duro para un niño estúpido y enfermo, el hábil guardador gobernaba con verdadera soberanía.[1]

[1] Fauriel, en la Ob. cit. Tom. III. pág. 35. califica de *am-*

Cárlos el Calvo tenia puestas las miras en el nuevo reino y deseaba conquistarlo á toda costa, inquietando al efecto á Gerardo, que interesado en sostener como propia la causa de su pupilo rechazaba triunfante toda tentativa de agresion; pero en 869 Cárlos invade repentinamente la Provenza con fuerzas numerosas; sitia á Gerardo en una de sus fortalezas y á Berta su esposa en la capital del reino, y vencidos ambos, huyen dejando el territorio provenzal en poder de Cárlos el Calvo, y se retiran á la Borgoña, buscando asilo en su castillo de Rosellon, donde murió, nueve ó diez años despues, el heróico tutor de Cárlos el Simple.[1] Tal es la materia

bicioso al conde de Rosellon, y Martin (Henry) en su *Histoire de France*: Tom. II. Pág. 433, dice que *estableció en la Provenza una sombra de gobierno, mas para su provecho que para el de Cárlos*; pero Mignard en su *Histoire des prémiers temps feodaux et du role réel de Gerard de Roussillon dans l' histoire du IX siécle*, publicada como complemento del poema breton: *Girart de Rossillon*, que ha dado á luz (1858), en una hermosa edicion con cromolitografías, este hijo apasionado de la Bretaña, reclama la calificacion de *desinteresado y leal en el ejercicio del cargo que le habia dado Lotario*, fundándose en documentos muy valederos contenidos en las crónicas y en los archivos de Francia. Grande debió ser de todos modos la fama del Conde de Rosellon en la historia, cuando tan extraordinaria la tuvo en las ficciones poéticas fundadas sobre las tradiciones populares.

[1] Acerca del orígen de Gerardo y de Berta, que unos creen ser nieta de Luis el Benigno y otros hija de un Conde de Sens, así como del exámen de las opiniones que aseguran haber existido varios Gerardos, ademas de otros pormenores interesantes para

histórica que la poética imaginacion provenzal habia de ir elaborando hasta elevarla á muy altas esferas.

Principia hoy el mutilado poema de Gerardo de Rosellon [1] con un fragmento en que Cárlos Mar-

conocer el verdadero fondo histórico sobre que gira el poema, quien desee noticias mas circunstanciadas puede consultar á Mignard, en la ob. cit. mas arriba, y á Terrebasse en su folleto: *Gerard de Rousillon, fragment extrait de l' histoire des deux derniers royaumes de Bourgogne*, ó en los *Preliminaires historiques et bibliographiques*, que preceden á la reimpresion de la *Histoire de Monsignevr Gerard de Rovssillon, iadis dvc et conte de Bovrgogne et d' Acqvitaine*, que en 1856 se hizo en la imprenta lionesa de Louis Perrin.

[1] El único manuscristo, hallado hasta el dia, con el texto provenzal del poema: Gerard de Rossillon, es el que hoy existe en la Biblioteca imperial de París, desgraciadamente incompleto en la parte primera, si bien se supone que no sea grande la falta porque no impide la comprension de lo que ha quedado, ni trunca tampoco la accion. Es un tomo en 8.° con 117 hojas de vitela, aunque solo enumera 116 por tener 74 y 74 bis; está escrito en carácter de letra de segunda mitad del siglo XIII, si bien el poema debió componerse en los primeros años del XII, segun los críticos mas autorizados; y tiene rojas y azules, alternativamente, las mayúsculas iniciales de las estrofas, y las de los versos separadas una línea poco mas ó menos y en columna fuera del cuerpo del texto, que forma caja (si así puede decirse) desde la segunda letra. No tiene divisiones de cantos, conforme á la costumbre de aquella época; pero las iniciales de color pueden considerarse como señales de descanso, puesto que cada una vá á la cabeza de la tirada del consonante seguido en ella constantemente, y así las han separado el Dr. Hofmann en la correcta edicion que publicó en Berlin (1855) copiando minuciosamente el códice

tel se queja del Conde como despoblador de la Francia y usurpador de sus derechos imperiales[1]; pero esa estrofa truncada termina en el sexto verso, y en el siguiente cambia la escena y tiene lugar un suceso de trascendencia en el desenvolvimiento ulterior de la accion. Preciso es dar alguna explicacion preliminar. Cárlos Martel se habia casado, segun parece, con una dama (cuyo nombre no dice el autor del poema, si bien otros poetas le han dado el de Elwis ó Eloisa) hija del Emperador de Constantinopla. Esta Princesa y Gerardo se amaban, y el Conde hubiera podido disputarla á su poderoso rival con ventaja; pero generosamente y proponiéndose tan solo el enaltecimiento de su amada, consiente en que se despose con ella Cárlos para no privarla de la corona imperial, y se resigna á tomar por muger una hermana de Eloisa, llamada Berta. Cuando llegó el dia en que debian separarse, partiendo á sus respectivos estados, quiere la nueva Emperatriz dar solemne testimonio á Gerardo de

de la Biblioteca imperial de París, aunque introduciendo algunas variaciones en la ortografía, y Mr. Francisque-Michel en la muy esmerada que ha dado á luz (1856) enriqueciendo con un monumento mas la Biblioteca elzeviriana del P. Jannet.

[1] Pág. 1. V. 1—3. (Todas las citas del poema se refieren á la edicion que lleva por título: Gerard de Rossillon, *chanson de geste ancienne, publiée en provençal et français d' aprés les manuscrits de Paris et de Londres*, par Francisque-Michel. París: Jannet: 1856.)

que le ama, y tiene lugar un hecho notabilísimo indicado mas arriba. *Gerardo, al amanecer, lleva al pié de un árbol á la Emperatriz, en cuya compañía iban dos condes de su corte y su hermana Berta; y exclama: «¿Qué decís, esposa del Emperador, del trueque por mí verificado, tomando por vos á vuestra hermana?—Señor, me habeis hecho reina y habeis tomado por esposa á mi hermana, solo por mi amor; pero Berta es objeto de gran precio y de alta estima. Oid, condes Gervai y Bertelai, tú hermana querida, sabedora de todos mis pensamientos, y sobre todo, vos Jesus, mi redentor, oid y sed testigos de que con este anillo doy mi amor al duque Gerardo..... de que le amo mas que á mi padre y á mi esposo, y al pensar que ha de partir no puedo contener mi llanto.»—Así subsistió siempre el amor de ambos sin vergonzosas impurezas, contenido en una ternura constante y en íntimos pensamientos.*[1]

Cárlos odiaba profundamente á Gerardo, y ahora los celos dan nuevo pábulo á su odio. Llenábale ademas el valor del Duque de ciego despecho, y su ambicion experimentaba mayor estímulo cada dia, viéndole poseedor de la Borgoña, de la Gascuña, de la Auvernia, de la Provenza, de la Galia Narbonense, del condado de Barcelona, y contando en-

[1] Pag. 1. V. 20.—Pág. 2. V. 6.

tre sus súbditos caballeros tan valerosos como sus cuatro primos Fulco, Boson, Giliberto y Seguis, su sobrino Fouchier y su tio el noble Odilon. Aunque la guerra era inevitable, quiere antes Cárlos valerse de la traicion y de la astucia para tentar fortuna á su propósito, y al volver de una grande cacería, hecha en los bosques de las Ardenas, mas bien en son de guerra que de caza, acampa al pié de los muros de Rosellon, é intima al Conde su entrega con belicosos alardes; pero Gerardo rechaza con valerosa entereza proposicion tan humillante, y queda declarada la guerra.

Convocan los dos enemigos á sus vasallos para combatir y para defender el codiciado castillo de Rosellon; y hubiera sido interminable la lucha, si un villano, llamado Riquier de Sordana, á quien Gerardo habia colmado de beneficios, nombrándole senescal y elevándole á la órden de la caballería, no hubiera vendido traidoramente á Cárlos la fortaleza, franqueando una puerta á las huestes imperiales. Dormia Gerardo en una torre cuando le despiertan las voces de sus partidarios pérfidamente sorprendidos; comprende su desesperada situacion, toma sus armas, se abre paso con denuedo y sale huyendo á caballo, llamando en su justa ira traidor y perjuro á Cárlos Martel.[1]

[1] Pág. 13. V. 32.—Pág. 14. V. 16.

Vuela Gerardo á la ciudad de Aviñon; reune allí todos los vasallos llamados á tomar parte en la guerra; torna luego á Rosellon capitaneando sus huestes, y apodérase de su castillo, denostando á Cárlos, que huye con los exíguos restos de su ejército hasta Orleans (Orlhes). Prepárase, sin embargo, el Emperador á continuar la guerra contra Gerardo desplegando todas sus fuerzas con actividad inaudita: reune sus guerreros el Conde para tomar la mas conveniente resolucion en aquel trance: y acordado enviar un mensage á Cárlos para que reconozca su desafuero y desista de la guerra, recibe Fulco tan delicada mision, y llegado á presencia del hijo de Pipino, le dirige frases irreverentes, que le irritan y le llevan á rechazar todo arreglo amistoso, terminando la embajada con un reto formidable para que la victoria decida del derecho, además de declarar Fulco que *cruzaria los mares á nado y seria ermitaño un siglo entero en un desierto antes que acceder á pretensiones injustas.*[1] Apréstanse ambos ejércitos para la pelea, y al encontrarse, traban sangrienta batalla; pero cuando andaba todavía indecisa la victoria, un huracan violento separa las huestes del combate: la enseña imperial arde súbitamente y la de Gerardo cáe convertida en carbones: sobreviene la noche antes de ter-

[1] Pág. 38. V. 3—6.

minar el dia: en medio de la profunda oscuridad que cierra el horizonte descienden llamas del cielo : y ante tantas señales manifiestas de la cólera divina, tiemblan de pavor los mas valientes y se reconcilian ambos caudillos.[1]

No podia durar mucho la concordia entre dos adalides divididos por hondas enemistades y gefes de huestes tan formidables y guerreras. Ofendido Gerardo por el duque Terric de Asquana que habia dado muerte en la batalla última á su padre Drogon y herido mortalmente á Odilon su tio, medita en la venganza, no hallando para lograrla otro medio mas expedito que la guerra. Con este propósito reune á todos los capitanes de su bando, y despues de una larga deliberacion en que es consultada la voluntad de Odilon, ya moribundo, resuélvese á recibir la paz, siendo forzoso dar al olvido todas las ofensas recíprocas. Gerardo no puede, sin embargo, perdonar al matador de su padre, y únicamente se halla dispuesto á la reconciliacion en el caso de que Cárlos acceda á desterrar al duque Terric de Asquana.[2] Es este anciano un personage magnánimo, sencillo y franco, cuya barba blanquea como nieve sobre su pecho, y cuyo brazo no es inferior en destreza y energía al de un jóven esforzado: ha sido siempre defensor de la inocencia de Gerardo en las

[1] Pág. 70. V. 20.—Pág. 71. V. 5.
[2] Pág. 74. V. 14--17. 24—29.=Pág. 75. V. 13—15.

deliberaciones del Emperador con los caudillos de su ejército; y aunque la magnanimidad se apaga muchas veces ante una venganza injusta, Terric se sobrepone á la ofensa del Conde de Rosellon, y él mismo, como amigo fiel, consejero leal y pariente generoso de Cárlos, pronuncia su propia sentencia, condenándose voluntariamente al destierro para evitar el nuevo conflicto de su rey, en cuyo servicio deja sus tres hijos.[1]

Con la partida de Terric de Asquana parece asegurarse la reconciliacion entre Gerardo y Cárlos; pero terminado el injusto destierro, se presenta el noble anciano en la corte, y como persistian Bosson y Seguis, hijos de Odilon, en vengar la muerte de su padre, preparados para la venganza intentada, con pretesto de unos ejercicios guerreros, matan traidoramente á Terric, que se habia presentado *sin armas cabales* en el simulacro, no sospechando alevosías en tan altos caballeros. Lastimado entonces Cárlos y enfurecido al saber el asesinato del magnánimo Asquana, juzga á Gerardo partícipe de aquel crímen, y se decide á llevar la guerra contra él y sus partidarios.[2] Comienza la lucha y sobrevienen sangrientos desastres: batallas y negociaciones se suceden por largo espacio sin éxito decisivo en favor de uno ú otro bando; pero al fin otro súbdito

[1] Pág. 78. V. 2—15.
[2] Pág. 86. V. 6.—Pág. 88. V. 19.

traidor[1] entrega segunda vez á Cárlos el inexpugnable castillo de Rosellon, y despues de pelear Gerardo con estéril heroismo, abandona el mas firme baluarte de sus estados. Huia cruzando montes y valles con tres guerreros, únicos que le siguen, cuando se le reunen Gilberto y Fulco: intenta entonces volver en busca de su esposa, temeroso de que haya caido en manos de algun frison ó de algun francés, y al quererle apartar sus primos de tan temerario propósito, ven venir á Boson con el escudo roto y la armadura destrozada, no llevando de su espada sino el pomo, que trae á Berta salva en el arzon de la silla.[2] Llega Gerardo á Dijon y reune allí su ejército: bate á Cárlos y trata de apoderarse de Rosellon por medio de una sorpresa; pero el Emperador se rehace; aniquila en una nueva batalla las huestes del Conde; y este guerrero sin ventura huye desesperado y herido á reunirse con su esposa Berta en Besanzon para internarse por los bosques desiertos de las Ardenas. Su terrible infortunio no ha templado su desapoderada soberbia, ni su odio á Cárlos, ni su esperanza de vengarse; y sin embargo ¡cuántas humillaciones y miserias van á caer sobre su altiva cabeza!

Vagando por las soledades de las Ardenas, encuentra una ermita. El pobre anacoreta que allí ha-

[1] Pág. 173. V. 10—28.
[2] Pág. 176. V. 14—31.

ce vida penitente, acoge benévolo al Conde, á su esposa Berta y al único caballero que, de cuantos le acompañaban, le habia quedado en su desastrosa huida; pero este leal compañero de infortunio exhala el último suspiro, rendido al cansancio y desangrado por las heridas; un ladron aprovecha la oscuridad de la noche para llevarse las armas y el caballo de Gerardo; y al despertar en el siguiente dia crece su desesperacion viéndose sin defensa alguna, á merced de los hombres, ante la cruel perspectiva de su destino.[1] Por consejo del ermitaño, Gerardo y Berta se dirigen á otra ermita, donde deben recibir eficaces consuelos del anciano asceta que allí vive. Cuando aquel santo solitario vé á los fugitivos, pregúntales quiénes son y de dónde vienen: Gerardo le cuenta brevísimamente su historia, con la desgracia que acaba de sufrir, y añade: *He perseguido á Cárlos muchas veces tan de cerca, que no hubiera dado su espuela por la ciudad de París... me ha quitado mi honra y mis estados... pero voy á Hungria para que me socorra el rey Oton.*[2] En vano el anacoreta le dirige piadosas exhortaciones; en vano al verle agitado por el deseo de la venganza, le recuerda su triste situacion que hace irrealizable lo que no pudo alcanzar siendo poderoso: *Lo sé*, dice; *pero así que llegue á la corte del*

[1] Pág. 203. V. 15.—Pág. 204. V. 14.
[2] Pág. 205. V. 24—29.

rey Oton y vuelva á tener armas y caballo, cabalgaré dia y noche hasta regresar á Francia: conozco todos los bosques donde Cárlos va á cazar y me vengaré del pérfido.[1] Las dulces exhortaciones del eremita eran ineficaces para ablandar aquella alma indomable; pero Berta, bellísima personificacion de la muger cristiana, verdadero ángel tutelar de Gerardo, logra conmoverle con sus tiernos acentos y con su ardiente piedad, y el héroe perdona á todos sus enemigos, obtiene la absolucion de sus pecados y siente el bien de la resignacion que antes le faltaba.

Transformado así el Conde, de nuevo emprenden su triste peregrinacion ambos esposos; y siguiendo su camino, encuentran unos mercaderes que regresaban de Hungria y de Babiera. *¿Qué nuevas*, preguntan, *hay de Gerardo por este pais?— Ha muerto*, responde Berta con la inquietud que debia inspirarle tal pregunta: *Cogióle Cárlos.— Dios sea loado*, añaden los mercaderes. *Mientras vivió siempre hubo guerras y todos hablaban mal de él.*[2] Mas adelante llegan á una poblacion habitada únicamente por viudas y huérfanos: todos los hombres han muerto en las guerras de Gerardo; y las madres y esposas desconsoladas prorumpen sin cesar en maldiciones contra el que ha cau-

[1] Pág. 206. V. 30.—Pág. 207. V. 7.
[2] Pág. 208. V. 32.—Pág. 209. V. 7.

sado tantas y tan irreparables desgracias. Próximo se halla el Conde á que le sofoque el dolor, ó le encienda la cólera; pero la tierna y piadosa Berta le exhorta á sufrirlo todo como justo castigo del cielo, y sostiene su valor y su resignacion, renovando sin trégua las súplicas.[1] Poco tiempo despues saben que han pasado en todas direcciones mensageros encargados de publicar que se ha puesto á precio la cabeza de Gerardo, y á quien lo entregue se le premiará con el septuplo del peso del sentenciado, en oro y plata. *Señor, creedme*, dice entonces la previsora Berta; *huyamos de los castillos y de las ciudades, que dominan hoy á los hombres la deslealtad y la codicia*; y Gerardo, por consejo de su esposa, cambia su nombre en el de Jolcim Malbatz.[2]

Preciso es pasar por alto la narracion de muchas humillaciones y muchos sufrimientos de los que asediaron á los dos desgraciados proscritos: baste notar que en todas esas pruebas el valor y la ternura de Berta son incontrastables y perspicaces hasta el punto de salvar algunas veces la vida de su esposo y de reanimar siempre su enflaquecido espíritu. Caminando un dia por un gran bosque, oyen ruido como de segures que parten y rajan troncos de árboles: se acercan y hallan junto á una hoguera dos car-

[1] Pág. 210. V. 10—28.
[2] Pág. 210. V. 29.—Pág. 211. V. 10.

boneros. Abastecian de combustible á la ciudad de Aurillac (Orliac) con excesivo trabajo; y cuando vieron á Gerardo fornido y con atavio muy pobre, creyeron, sin duda, que les convenia su cooperacion; le propusieron ocuparle en aquel oficio, y el soberbio enemigo de Cárlos Martel acepta el partido; carga un enorme saco de carbon en sus robustas espaldas como los otros dos hombres, y lo vende en Aurillac por siete dineros, ganando para sí una cantidad que le parece grandísima en su extremada pobreza.[1]

Veintidos años hacia que pasaban una vida tranquila en su miseria, ganando el preciso sustento en el oficio de carbonero el proscrito Jolcim y en el de costurera la noble Berta, como ya olvidados de su antiguo poderío y sin la mas remota esperanza de volver á mas feliz situacion, cuando un acontecimiento imprevisto cambia súbitamente sus ideas. Dos señores principales de aquellas comarcas establecen un palenque para que los caballeros del pais prueben su destreza en el ejercicio bélico de la quintana: acude inmensa muchedumbre al espectáculo; y Berta y Gerardo ceden al deseo de presenciar la fiesta. Numerosos nobles con espléndidos arreos y brillantes armaduras compiten en lujo y gallardía: el recuerdo de los tiempos pasados renace entonces

[1] Pág. 213. V. 11—28.

en el espíritu de Berta; y recorriendo en su mente la venturosa época en que Gerardo daba iguales funciones, distinguiéndose por su destreza y por su vigor y gozando ella con orgullo de su gloria y fama, siente oprimido su pecho de vivo dolor, y se deja caer en los brazos de su esposo, cuyo macilento rostro y crespa barba inunda de copiosas lágrimas.[1] Considera entonces el héroe cuantos y cuan grandes han sido los sacrificios que ha hecho la nobilísima Berta, y le dirige estas palabras: *Esposa mia, veo que abruma tu corazon tanta miseria: regresa á Francia: yo te juro por Dios y por los Santos que ni tú ni tu familia volvereis á verme jamás.—Señor,* replica Berta, *¿porqué hablais tan locamente? ¡Quiera Dios todopoderoso que no me separe de vuestro lado mientras viva! Antes preferiria ser quemada. No volvais á pronunciar palabras tan duras.* Conmovido al oir á Berta, estréchala el desdichado Conde contra su corazon, dándole un amoroso beso. *Señor,* prosigue, *si quereis escuchar mis consejos, regresemos á Francia, pátria vuestra: vivis abrumado al peso del infortunio: en otro tiempo fuisteis amigo de la esposa del Emperador; y si se dignára interceder por vos, Cárlos no seria tan cruel, ni tan rencoroso, que no os perdonase lo pasado.*[2] Gerardo vacila; pero al

[1] Pág. 214. V. 30.—Pág. 215. V. 9.
[2] Pág. 215. V. 10—28.

fin adopta el consejo por compasion á su esposa, y toma con ella el camino de Orleans, donde se hallaba la corte.

Llegan á la ciudad, término de su viaje, en el dia de Jueves Santo, y con la esperanza de poder hablar una palabra en secreto á la emperatriz Eloisa va el proscrito á la iglesia para colocarse entre los peregrinos y mendigos lisiados; pero un sacerdote, viéndole alto y fornido, le coge rudamente por el brazo y le lanza fuera con injurias y amenazas.[1] El desventurado Gerardo vuelve á su esposa, lamentando el hado fatal que le persigue; y Berta mitiga su desesperacion con saludables consejos. *Señor, no perdais ánimo*, le dice: *mañana es el Viernes Santo y la Emperatriz irá sola á orar en la iglesia: esperadla; y así que la veais, acercáos y presentadle este anillo que os dió en otro tiempo y yo he conservado como un don precioso de su amistad, en medio de tantas miserias.*[2] Las palabras de Berta deciden á Gerardo; y cuando descalza y penitente cruza la iglesia y se retira Eloisa, para orar, á una capilla solitaria, se le acerca y le dice: *Señora, por el amor de ese Dios milagroso, por el de los Santos cuyo patrocinio invocais, y por el conde Gerardo, que fué amigo vuestro, os pido que me ampareis.—Pobre peregrino barbudo,* pre-

[1] Pág. 216. V. 17—28.
[2] Pág. 216. V. 30.—Pág. 217. V. 10.

gunta la Emperatriz, *¿Qué sabeis de Gerardo? ¿Qué le ha sucedido?—Señora,* añade el Conde, *por el amor del Dios que adorais, por todos los Santos á quienes dirigís vuestras súplicas y por la Vírgen que llevó á Jesucristo en las entrañas, decidme ¿Qué haríais de Gerardo si le tuviérais aquí?—Peregrino barbudo,* responde la esposa de Cárlos Martel, *grande atrevimiento es dirigirme tal pregunta; pero te diré que daria cuatro ciudades porque se hallara el Conde con vida, en paz y con cuantos estados ha poseido.*[1] Preséntale Gerardo entonces el anillo que le habia dado en otro tiempo, pronunciando su nombre y declarando quién es: Eloisa le mira fijamente, reconócele;... y despues de haber preguntado por su hermana con amorosa inquietud, llama á un clérigo para que prodigue todas las atenciones al Conde; ofrece á este su decidido apoyo y el de los numerosos caballeros que le son adictos, para que Cárlos le perdone, ó pueda recobrar sus estados; tiene una entrevista ternísima con Berta; y por último parte decidida á dar cima á su propósito.[2]

Cuantos medios le dicta el amor para lograr el perdon de Gerardo, otros tantos emplea la Emperatriz, desvaneciendo al cabo el enojo del vengativo

[1] Pág. 217. V. 17.—Pág. 218. V. 5.
[2] Pág. 218. V. 6.—Pág. 19. V. 17.

Cárlos Martel; y cuando ya piensa tener inclinado su ánimo á la misericordia, hace que se presente el mismo Conde ante la corte, en el momento de hallarse deliberando el Emperador con los magnates; pero no apagados los antiguos ódios y rencores, renacen entre los irreconciliables enemigos de Gerardo, ganosos de vengar las ofensas de otros tiempos, viéndose obligada Eloisa á entregarle, para su defensa, varias fortalezas y plazas importantes, ademas del castillo inexpugnable de Rosellon.[1] Insistian los próceres de la corte imperial en inclinar el ánimo de Cárlos Martel á una nueva guerra, dando pábulo á no pocos desastres algunos choques y encuentros parciales entre opuestos partidarios: el conde de Rosellon se proponia, sin embargo, poner á toda costa término á tantos males con una concordia duradera; y ayudado del eficaz influjo del Sumo Pontífice, queda por fin asegurada la paz, devolviendo á los señores despojados sus antiguos dominios, y prestando todos al Emperador obediencia y vasallage. Vivió desde entonces Gerardo, purificado ya en el crisol de los mas crudos infortunios, en prácticas verdaderas de virtud, unido cada dia mas tiernamente á la incomparable Berta, pasando al cabo de esta vida, con apacible tranquilidad, en su castillo de Rosellon, y siendo sepultado en la célebre

[1] Pág. 224. V. 30.—Pág. 225. V. 7.

abadía de Vezelay (Verselai)[1] levantada á impulso de su piedad con extraordinaria magnificencia.

No es posible renunciar á exponer el resúmen circunstanciado de un poema tan rico en rasgos admirables y en felices inspiraciones, que tan vivamente refleja los tiempos feudales con sus discordias y sus hazañas, con sus glorias y sus miserias, que ofrece un bellísimo tipo de la muger cristiana en su mas alta idealizacion poética.

La accion se desenvuelve con suma naturalidad y con grave sencillez, dando al fondo verdadero de los hechos el colorido de la poesía, presentando en gradacion ascendente al héroe, exponiendo en todos los términos del cuadro bellas figuras con singular maestría caracterizadas y en acertados contrastes opuestas; y sin embargo, no es todavía el desarrollo del plan la condicion que mas ha de reclamarse del poema, si (como un crítico afirma) varias extensas narraciones de batallas y de asambleas en que deliberan los caudillos de un bando, ó se oyen y contestan mensages del contrario, han sido añadidas ó intercaladas, retardando el desarrollo artístico, que sin tantos embarazos caminaria en el texto primitivo á su término.

Notables, por mas de un concepto, son las descripciones que se hallan con mucha frecuencia en

[1] Pág. 283. V. 10.

las páginas del poema y contienen datos importantes de la vida íntima de aquella sociedad[1], de sus costumbres y usos[2], de los bélicos arreos y de los productos de las artes[3], de cuanto, en una palabra, constituye la civilizacion de un pueblo; y esas mismas descripciones quedan oscurecidas ante las animadas pinturas de los ejércitos y de los campos de batalla[4], ante las dramáticas escenas de los consejos, ó asambleas[5] donde deliberan los gefes de cada bando, por los azares de la guerra, ó las embajadas del campo enemigo. Pero, sin duda ninguna, es mas importante por la rica creacion de los caracteres, contrapuestos entre sí con verdadero discernimiento poético. Sobre los innumerables personages que figuran en el poema, como Tibertz de Val-Betó, *anciano florido*, *sabedor de palabras y de dichos hermosos*, cuya firme lanza *habia deja-*

[1] Pág. 107. V. 16.—Pág. 108. V. 7.=Pág. 124. V. 3.—11.=Etc.

[2] Pág. 41. V. 22.=Pág. 41. V. 27.—Pág. 42. V. 23.=Página 107. V. 16.—Pág. 108. V. 7.=Pág. 134. V. 13—31.=Etc.

[3] Pág. 18. V. 15—23.=Pág. 41. V. 18—21.=Pág. 91. V. 5—10.=Pág. 99. V. 19.—Pág. 100. V. 9.=Etc.

[4] Pág. 55. V. 20.—Pág. 70. V. 7.=Pág. 137. V. 27.—Página 144. V. 10.=Pág. 159. V. 10.—Pág. 168. V. 11.=Pág. 194. V. 22.—Pág. 199. V. 28.=Etc.

[5] Pág. 28. V. 17.—Pág. 33. V. 11.=Pág. 34. V. 11.—Página 39. V. 5.=Pág. 42. V. 6.—Pág. 48. V. 18.=Pág. 91. V. 19.—Pág. 99. V. 10.=Pág. 108. V. 22.—Pág. 121. V. 14.=Etc.

do á mil mugeres viudas de sus maridos[1], y Terric de Asquana, venerable guerrero, cuyo destierro espontáneo *lloran todos los prelados y barones del partido imperial y sienten las mugeres y las doncellas*[2], aparecen en primer término tipos admirablemente delineados, que forman bello conjunto y completan el riquísimo cuadro donde tienen su característica representacion las entidades preponderantes de los siglos medios, realzadas en su misma verdad por el genio creador del poeta.

Fulco, Boson y Fouchier son tres tipos tomados de la naturaleza en hábil contraposicion para presentar las diferentes fases del espíritu bélico feudal de la edad media.

Fouchier, guerrero de alto linage, que roba[3] y da con largueza lo robado, es un conjunto singular de generosos arranques y de reprobadas tendencias, no raro en aquellos tiempos.

Boson, siempre sediento de guerra, soberbio y arrebatado[4], valiente hasta la temeridad en medio de los mayores peligros[5], adicto á Gerardo y á su causa sin que debiliten su constancia los mas imprevistos azares, ni contraresten su esfuerzo los

[1] Pág. 72. V. 15—22.
[2] Pág. 79. V. 21.—Pág. 80. V. 5.
[3] Pág. 20. V. 15—18.
[4] Pág. 29. V. 50.—Pág. 30. V. 7.=Pág. 117. V. 15—21.
[5] Pág. 174. V. 31.—Pág. 175. V. 29.

contratiempos mas terribles [1], es una representacion fiel del campeon del feudalismo dominado por sus instintos y por sus pasiones, que desoye la voz del deber y del elevado espíritu caballeresco y no vacila en consumar alevosías por saciar sus rencores y llevar á cabo sus venganzas.[2]

Fulco, valeroso, cortés, franco, bien hablado y de nobles modales, espléndido distribuidor de lo que apresa, religioso y benévolo, partidario de la paz, pero impetuoso y fiero cuando se cala el casco, embraza el escudo, ciñe la espada y se lanza á la pelea [3]; que indignado en un arrebato de justo encono al recuerdo de la traidora entrega de Rosellon, cuelga de un árbol al pérfido Riquier de Sordana [4], y honra á los ricos como á los pobres en su respectiva esfera; mas denodado y mas terrible cuando mas enemigos le cercan, prudente y severo en el consejo, siempre pronto á todos los sacrificios y sobradamente animoso para todas las heroicidades [5], es el ideal del caballero en el siglo XII, con cuantas cualidades pueden formar un ser superior y elevarle sobre los demas hombres.

La emperatriz Eloisa, modelada conforme al

[1] Pág. 175. V. 30.—Pág. 176. V. 5.
[2] Pág. 85. V. 14—22.
[3] Pág. 135. V. 5—35.
[4] Pág. 12 V. 17—20.=Pág. 26. V. 33.—Pág. 27. V. 15.
[5] Pág. 135. V. 34.—Pág. 136. V. 21.

espíritu de los tiempos caballerescos, forma oportuna contraposicion con la severísima figura de Berta. Es esposa de Cárlos Martel y ama á Gerardo: protege y ayuda á su amado [1], y no quiere que su esposo guerree, ni pierda el mas leve giron de sus extensos territorios, sino que devuelva al Conde sus posesiones y castillos. [2] Su vínculo con Gerardo, *contenido en un amor constante, alimentado de secretos pensamientos y no contaminado de impureza* [3], no es obstáculo para que, al reconocer en la iglesia y en la fúnebre tarde del Viernes Santo al hombre que amaba en el peregrino Jolcim Malvatz, lleve sus tiernas demostraciones mas allá de lo que su estado y su situacion permitian [4]; y esto sin que inspire la mas mínima indicacion de censura al mismo poeta, narrador de los femeniles recursos [5] empleados por Eloisa para conseguir de Cárlos el perdon de Gerardo.

Berta, verdadero ángel tutelar del mendigo y proscrito Jolcim, su providencia en la tristísima fuga y en la penosa peregrinacion de montes y florestas, su arrimo y confortacion en el infortunio y su digna parcionera en las humillaciones, es el modelo

[1] Pág. 224. V. 31.—Pág. 225. V. 12.
[2] Pág. 220. V. 16—25.
[3] Pág. 2. V. 4—6.
[4] Pág. 218. V. 10—11.
[5] Pág. 220. V. 23—25.

mas completo de la esposa tierna y de la muger fuerte. No hay un solo arrebato en su ternura, ni una sola debilidad en su consejo: austera y reservada, piadosa y previsora, no reviste sus palabras de suspiros amorosos que dulcifiquen por un momento el dejo amargo de los infortunios y alivien el peso de las desgracias, sino de tiernas reflexiones y eficaces consejos que restauran el ánimo abatido y elevan el corazon en su desmayo. Cuando Gerardo á nada cede y con fiera tenacidad se goza en sus proyectos de venganza contra Cárlos, las elocuentes lágrimas de Berta, sus acentos suplicantes, exhalados con dolorosísima dulzura [1], cambian su ira en edificante humildad cristiana [2] y truecan los excesos de su rencoroso furor en piadosos arranques de verdadero arrepentimiento. El cansancio y la miseria llegan á postrar á Gerardo por espacio de ochenta dias terribles con una enfermedad penosa [3]: lanzado cruelmente por interesado posadero en estrechísimo tugurio [4], y al fin arrojado fuera de la casa [5], compénsale Berta entonces, como siempre, de tan tristes amarguras con entrañable solicitud [6],

[1] Pág. 208. V. 14—16.
[2] Pág. 208. V. 17.
[3] Pág. 211. V. 13—15.
[4] Pag. 211. V. 16—17.
[5] Pág. 212. V. 4—6.
[6] Pág. 211. V. 19—20.

consagrándose á los oficios mas humildes por salvarle y darle aliento.[1] Berta es, en suma, la esposa cristiana dotada de un amor paciente y profundo, que se fortifica, crece y se acrisola en el mas riguroso cumplimiento de los deberes morales.

Cárlos Martel, cuyo glorioso nombre desmiente su personalidad verdadera, es la sombria contraposicion de la radiante figura de Gerardo. Vengativo, desleal, irascible, caprichoso, despojado de las altas cualidades de los barones que defienden su causa, ó la combaten, parece destinado á realzar por medio del mas enérgico contraste los rasgos característicos del personage principal del poema.

Gerardo, caudillo denonado é infatigable, prócer arrogante y soberbio, es mas heróico todavía en su miseria y en su terrible humillacion, resignándose á todas las desventuras, sometiéndose á los rigores del infortunio mas acerbo. El afan de sostener su poderío contra la invasion usurpadora de Cárlos, la saña enardecida en su ánimo por la traicion y por los reveses de la fortuna[2], la desapoderada soberbia que le lleva á imaginar terribles venganzas[3], desoyendo saludables consejos[4], muestran en Ge-

[1] Pág. 211. V. 21—29.

[2] Pág. 14. V. 15.—Pág. 15. V. 24.

[3] Pág. 15. V. 30—33.=Pág. 114. V. 3—8.=Pág. 207. V. 5—7.

[4] Pág. 206. V. 1—25.=Pág. 207. V. 8.—Pág. 208. V. 12.

rardo al magnate y al guerrero feudal dominado por fieras pasiones y por belicosos instintos; pero las simpáticas y dulces lágrimas de Berta, modificando aquel natural altivo é impetuoso, y trocada su ferocidad en indulgente mansedumbre[1], le obligan á dominar su orgullo, perdonando á todos sus enemigos, apareciendo desde aquel momento mas grande que al dar cima á las mas atrevidas empresas. Digna es de notarse la gradacion ascendente en que vá elevándose Gerardo desde la miseria de las pasiones mundanas al heroismo moral y cuasi pudiera decirse á la santidad del justo. Grande y poderoso, es altivo y fiero: todavía vencido y proscrito, acaricia en su pecho venganzas: regenerado despues, sobrelleva con heróica resignacion sus penosas vicisitudes y evita nuevas luchas: en posesion de sus antiguos estados, es piadoso, benéfico, magnánimo, digno, en fin, de figurar entre los primeros héroes idealizados por el génio de la Provenza.

Pero la musa de la edad media, siempre vigorosa y fecunda en sus concepciones, no podia valerse, al transmitirlas, de una lengua tan rica y flexible como la de Homero, ni la de Virgilio; y en el Gerardo de Rosellon, como en todos los poemas de aquella época, se observan la rudeza, la humildad

[1] Pág. 208. V. 17.

y la malsonancia [1], impropias de otros tiempos mas cultos, pero disculpables, por lo menos, en los siglos XII y XIII, ya que no se conceda libérrima absolucion á los poetas de aquella edad, en cuanto á su rústica llaneza, ó á su estilo se refiere. Mas no seria, tal vez, temerario afirmar que aun cuando muchas veces no se levanta la locucion á la altura del pensamiento épico, en cambio ostenta mas franqueza y energia, no se reviste de un pudor falso ni de mentidos afeites, es mas verosimil en su libre sencillez, y se apróxima mas á la representacion verdadera de cada hecho en su extremada familiaridad, circunstancias ciertamente superiores al frio cortejo de leyes convencionales que despues han encadenado al génio.

Con frecuencia se hallan en este poema noticias que pueden parecer hoy pueriles, por la minuciosa enumeracion de los capitanes y caudillos de las fuerzas beligerantes [2], por señalar las estaciones, los meses, los dias y hasta las horas en que se verifican los sucesos y en particular las batallas [3], y sin embargo, la circunstancia de ofrecer esas indicaciones

[1] Pág. 30. V. 13—28.=Pág. 47. V. 22—25.=Pág. 71. V. 15—20.=Pág. 120. V. 21—23.=Pág. 122. V. 14—20.=Pág 174. V. 26.=Etc.

[2] Pág. 56. V. 22.—Pág. 57. V. 27.=Etc.

[3] Pág. 25. V. 7—8.=Pág. 56. V. 7—8.=Pág. 82. V. 28—29.=Pág. 86. V. 6—8 =Pág. 163. V. 12—13.=Etc.

verdadero interés para las distinguidas familias de las Galias, que se gloriaban de contar entre sus antecesores á los nobles adalides de aquella lucha, y el empeño de dar carácter rigurosamente histórico á las *canciones de gesta*, salvan tambien al autor del Gerardo de cierta responsabilidad en ese punto. Ni tendrian, tal vez, mas derecho los críticos para considerar como grave defecto, por falta de arte, ó de ingénio en el poeta, la discordancia que se nota entre la extension desmesurada de algunos episodios importantes, como el de la embajada de Pedro de Mon-Rabei [1] con sus interminables pormenores y sus multiplicados incidentes, cuando las tendencias y el gusto de aquel tiempo subyugaban al escritor, y la rudeza del arte, todavía incipiente en su nuevo espíritu, no permitia oponerles una ley sabia de principios estéticos, en el crisol de la sana crítica depurados.

Sin duda con mas fondo de razon se censurarian algunas contradicciones extrañas acerca de la constitucion y de las costumbres feudales, en los debates donde con tan opuestos fines luchan las rebeldes pretensiones aristocráticas y las duras exigencias del orgullo imperial, la distribucion arbitraria de los feudos segun existia en los tiempos del poeta, el vínculo caballeresco, de todo punto anacróni-

[1] Pág. 97. V. 16.—Pág. 127. V. 17.

co en el siglo IX, que al principiar el poema une á Eloisa y á Gerardo; y sin embargo, careciendo la poesía de los elementos indispensables para penetrar en la vida ignorada de una sociedad que solo habia dejado el eco glorioso de sus heróicas contiendas, al reflejar sobre tradiciones lejanas y oscuras de otro siglo el mundo coetáneo, cumplia su destino mas alto, dando á conocer el horizonte por cuya extension se dilataban sus ojos, el espíritu y las costumbres dominantes con su extraña mezcla de religiosidad fervorosa [1] y de galante, ó liviana desenvoltura [2], con la fermentacion en que pugnaban por tomar justo imperio altos principios, cuasi olvidados, que habian de señalar nuevos derroteros al mundo [3], con el predominio caballeresco [4], ni en los momentos mas críticos, ni por ninguna consideracion atenuado. [5]

Y si un exceso de severidad, sostenido en la tendencia injustificable de medir todas las obras poéticas con el compás del clasicismo pagano, llevase á presentar como graves defectos los que van indicados, ó justificados, dando su valor á las exigencias

[1] Pág. 41. V. 16. = Pág. 90. V. 31—32. = Pág. 100. V. 6—11. = Pág. 105. V. 16—17. = Pág. 177. V. 16—24. = Etc.

[2] Pág. 2. V. 1. = Pág. 45. V. 22. = Pág. 124. V. 9—11. = Pág. 218. V. 10—11.

[3] Pág. 76. V. 18—24. = Pág. 120. V. 2—7. = Etc.

[4] Pág. 47. V. 31—33. = Etc.

[5] Pág. 280. V. 24—27. = Etc.

de la época, superiores á la voluntad misma del poeta, todavía sobran, para que se olviden lunares tan pequeños, innumerables bellezas esparcidas en toda la obra, con palabras de ámplia comprension[1], con expresiones tan concisas como ricas de sentido[2], con frases llenas de fiera energía[3], con vivísimas pinturas que representan los objetos en vigoroso colorido y sorprendente verdad[4], con dolorosos ayes arrancados al corazon del poeta en medio de los grandes desastres[5], como si solo aliviando su angustia pudiera continuar el épico relato de las batallas, con cuantos elementos elevan las concepciones artísticas y completan el admirable conjunto que forma del Gerardo el mas bello poema, tal vez, con que puede gloriarse la musa provenzal en las dos centurias de su célebre florecimiento.

[1] Pág. 10. V. 31.=Etc.

[2] Pág. 205. V. 25—26.=Etc.

[3] Pág. 51. V. 16—18.=Pág. 52. V. 11—12.=Pág. 139. V. 3—6.=Etc.

[4] Pág. 56. V. 13—15.=Pág. 61. V. 33.—Pág. 62. V. 5.=Pág. 137. V. 29.=Etc.

[5] Pág. 12. V. 21—28.=Pág. 13. V. 31.=Pág. 163. V. 5—7.=Pág. 199. V. 29.=Etc.

Sorprende y admira contemplar á la edad media con su prodigiosa vitalidad, reflejando en la poesía épica sus costumbres, sus ideas y sentimientos, la vida entera en que se agita con elevadas aspiraciones y va iniciando en lo por venir principios de inmensurable trascendencia. Era preciso que los hombres, siendo testigos de tan dramáticas peripecias y de tan tremendas catástrofes, tomando parte activa en tan importantes sucesos, viendo rasgados los velos misteriosos del Oriente por el esfuerzo irresistible de los héroes occidentales, uniesen á sus gloriosos recuerdos las imágenes mas poéticas, los mas extraños pensamientos, hasta las altas concepciones de la fé y de la ciencia.[1] El paganismo griego y romano con su exclusivo amor á la patria, sometiendo el débil al fuerte, consideró á la muger como sér inferior y la convirtió en esclava: el Cristianismo, dando vuelo á la reaccion del sentimiento contra la sensualidad, logra la rehabilitacion del ser abyecto: y la Caballería, resultado del principio cristiano, rebaja la fuerza y eleva el amor, enaltece á

[1] Eichhoff. *Tableau de la litterature du Nord au moyen âge.* Pág. 314.

la muger y le da culto como si fuera una divinidad terrestre.[1]

Verdad es que la Caballería presenta con frecuencia extraños contrastes de sensibilidad esquisita y de brutales violencias, de sacrificios heróicos y de atentados odiosos[2]; pero sobre oscuros fondos debia resaltar mas esplendente aquel alto idealismo en que cada sentimiento se alimentaba de una esperanza y cada heroicidad obtenia una gloriosa recompensa; en que la religion curaba todos los remordimientos con su piadosa mano y el amor todas las heridas con su apasionada ternura. Las violentas emociones habian producido una exaltacion febril, pero generosa, que fermentaba en todas las clases de la sociedad, que enardecia todos los corazones; y la musa de la epopeya, para reflejar cuanto á la sociedad agitaba en aquellos tiempos, recorre la esfera del mundo real, crea otro mundo imaginario, hace que á su voz la tierra se anime y aparezca con ignorados tesoros ocultos en las entrañas misteriosas de los abismos, atribuye un sentido simbólico á los árboles y á las flores, toma de la mitología griega los dioses, los silvanos y las ninfas, de la filosofía los vicios y las virtudes personificados, de la historia entera muchos personages y hechos, y en ese in-

[1] Martin. *Histoire de France.* Tom. III. Pág. 389.

[2] Peschier. *Histoire de la litterature allemande.* Tom. I. Página 164.

menso escenario coloca á sus reyes y á sus reinas, á sus caballeros enamorados y á sus hermosas damas, que adquieren nuevo ser entre tantas y tan fantásticas invenciones[1], inspirando nobles sentimientos, y heróicas virtudes, dejando á las edades futuras la rica herencia de sus ideas y el recuerdo de sus gloriosos hechos.

Dante y Petrarca revelan hasta qué punto influia en los amorosos delirios y en las extáticas contemplaciones el culto de mística pureza, llevado á tan inmensa elevacion por los héroes de la Caballería. El terrible gibelino exhala dulces acentos de casto entusiasmo al recuerdo de Beatriz, objeto de su inocente pasion, en la sublime apoteósis con que la fé y el amor la eternizaron: el solitario de Valclusa suspira en sus fervorosos éxtasis á su adorada Laura y espacía sus melancólicas emociones en el horizonte límpido de la mas pura idealidad: y ambos sentimientos inspirados por el cristianismo, son ejemplo insigne del culto respetuoso que á la muger se tributaba y habia iniciado la Caballería en sus nobilísimas aspiraciones.

De la edad media provienen las grandes ideas que han renovado en los tiempos modernos la faz del mundo europeo; y en su poesía épica se refleja la lucha empeñada de todos los elementos, que se con-

[1] Eichhoff. *Ob. cit.* Pág. 315 y 316.

traponen preparando una transformacion, y pugnan por constituir sobre sólidas bases el edificio social. Los poemas carlovingios dan á conocer el espíritu religioso de los cristianos en sus heróicas luchas con los sectarios del Islamismo, el órden político de aquellos siglos en las turbulentas y tenaces insurrecciones de los señores feudales contra el poder monárquico: los de Artús revelan el fondo galante de la caballería *terrestre,* que lleva por el mundo á sus héroes exaltándose con amorosos delirios, buscando peligros y aventuras, teniendo por campo de sus hazañas la naturaleza y por enemigos y protectores los pájaros fatídicos, los gigantes, los encantadores y las hadas: los del Santo Grial representan en la caballería *celeste* la reaccion del misticismo ascético contra una moral pervertida por las mas profanas exaltaciones: los de asuntos tomados del clasicismo pagano parecen un presentimiento lejano y confuso del renacimiento literario que tres siglos despues habia de realizarse, como un primer instante de fusion entre la cultura antigua y la inspiracion moderna: y todos forman ese admirable conjunto en que la religiosidad, el heroismo, el amor patrio, la necesidad de justicia, el anhelo de libertad, todos los nobles instintos y todos los sentimientos elevados se alzan y se alientan en fructuosa fermentacion, abriendo nuevos y extensos horizontes á la humanidad. Los ricos veneros de la poesía épi-

ca caballeresca del mediodía de la Francia han acaudalado, en su dia y propio momento, todas las literaturas europeas ; han servido de fondo y de inspiracion á los genios de todos los paises en sus obras mas preciadas; y España les debe la gloria de poseer una de las mas grandes creaciones del ingenio humano.

APÉNDICE.

En el interesante prólogo que precede al texto provenzal de la Cansós dela crozada contr els ereges dalbeges y á la traduccion francesa que le acompaña, propónese Mr. Fauriel indagar si ese poema fué debido á Guillermo de Tudela, ó á un poeta de las Galias meridionales; y como las reflexiones, que al crítico francés sugiere su sagacidad para desvirtuar algunas pruebas existentes en las páginas de la obra, no resuelven la cuestion mas importante y únicamente dan como resultado aparentes conclusiones contra la realidad del cantor navarro, la ocasion exige un exámen de los datos en que se apoya esa opinion, para ver si con mas fundamento se debe declarar autor á un provenzal, ó al poeta de Tudela.

Dice la primera estrofa del poema: «En el nombre del Padre, »del Hijo y del Espíritu Santo, comienza la cancion que hizo »maese Guillermo, un clérigo que se crió en Tudela y fué honra- »do y sábio. Los sacerdotes y los legos le tuvieron en grande »aprecio; los condes y vizcondes le amaron y le obedecieron por- »que supo y vió el exterminio en la geomancia que durante mu- »cho tiempo estudió, el pais que debia ser incendiado y destrui- »do á causa de la loca creencia recibida en él, los ricos poseedo- »res que llegarian á pobres perdiendo sus riquezas, los caballeros »que se verian expatriados por extraños paises con quebrantos y »pesadumbres. Determinó en su corazon, que muy experto era y »para cuanto se proponia dispuesto y hábil, hacer un libro que

» circulase por todas partes y difundiese su discrecion y su sabidu-
» ría; y entonces escribió él mismo este, desde el principio has-
» ta el fin, poniendo en él toda su inteligencia y durmiendo ape-
» nas hasta que lo dejó bien concluido y sembrado de muy hermo-
» sas palabras. Si quereis oirle, grandes y pequeños podrán
» aprender dichos hermosos y discretos, porque quien le compuso
» muy lleno estaba, y el que no le conocia, ni ha oido hablar de
» él, nunca lo imaginaría.[1] » Y en este texto funda Mr. Fauriel algunos argumentos contra la existencia real de Guillermo de Tudela. Varios bibliógrafos y escritores franceses han atribuido la Cansós dela crozada al autor en ella como tal citado, y el mismo Mr. Raynouard, cuya competencia en la materia no puede ser dudosa, se cuenta en el número de los que han creido auténticas las noticias contenidas en los primeros versos del poema; pero Mr. Fauriel duda de su exactitud y refuta la realidad del poeta tudelano porque « no se le menciona sencillamente como un perso-
» naje comun, como un buen clérigo mas ó menos hábil, que ha
» presenciado los sucesos de la guerra de los albigenses y está na-
» turalmente autorizado para contarlos; sino que se le presenta
» como un sabio nigromántico, sin necesidad de ver los aconteci-
» mientos para describirlos, y que no los habia contado, si es que
» los habia predicho por el poder sobrenatural de su arte,» añadiendo que « no hay exceso de escepticismo en dudar que este poema
» haya sido hecho por un nigromántico, por un encantador.[2]» En las frases que anteceden mas bien se trasluce el gracejo de una broma que la seriedad de las afirmaciones críticas; y sin embargo, forzoso es oponer alguna reflexion á las palabras del académico francés, porque trás ellas vá una deduccion terminante velada por la ligereza de las expresiones. No parece improbable que

1 *Cansós dela crozada contr els ereges dalbeges*, ó *Histoire de la croisade contra les heretiques albigeois*, ecrite en vers provençaux par un poëte contemporain, traduite et publiée par Mr. C. Fauriel, dada á luz en la *Collection de documents inédits sur l' Histoire de France*, en la série primera, que corresponde á la historia politica. Vers. 1—27.

2 Fauriel. *Cansós dela crozada.* Introd.—Págs. 17 y 18.

en este poema se hayan añadido estrofas explicatorias, consideradas indispensables ó convenientes, como se observa en otros de la misma época, segun la opinion de varios críticos autorizados; y en el caso presente aumenta la oportunidad de que un poeta, sabedor de las circunstancias de Guillermo de Tudela y penetrado de la importancia de su obra, quisiera consignarlas, por ser extrangero y darle merecida prueba de consideracion perpetuando su nombre con su libro, como tambien sucede, muy á las claras, mas adelante, en diez y nueve versos destinados á decir que se comenzó el poema en el año 1210 por el mes de Mayo y fué compuesto en Montalban (Montalbá), donde se hallaba maese Guillermo, cuyo mérito celebra declarando la mala ventura á que le tenian condenado los poderosos, no conocedores de su verdadero valer, y á quienes quisiera ver confundidos.[1] Ni la circunstancia de aparecer el autor de un poema con cualidades extraordinarias de ciencia, segun la manera de ver las cosas en su época, es motivo para calificar su existencia de fabulosa, porque muchos habrian de ser, entonces, los escritores á quienes negasen la personalidad efectiva en España, como en Francia. Mr. Fauriel, instruido, como pocos, en cuanto á la vida de la edad media toca, no podia fundar sobre tan débil base la no existencia del poeta tudelano, sino con la mira de nacionalizar como joya provenzal el poema de la cruzada contra los albigenses. No era raro en aquellos tiempos prodigar tales calificativos á personas dadas á ciertos estudios, ó retiradas del trato social por su amor al saber; y aun cuando fueran supuestas esas cualidades de superior sabiduría, segun las apreciaciones científicas de la época eso indicaría que se trataba de dar autoridad á la obra, ó verdadera importancia á su procedencia, realzando las circunstancias del autor. Ni la suposicion, adoptada por Cervantes, atribuyendo á Cide Hamete Benengeli la relacion de las aventuras del hidalgo manchego, ni otros ejemplos análogos (que por cierto no escasean en los poemas caballerescos) sirven de prueba en el caso presente. En obras fantásticas creadas por la imaginacion y cuyo fondo mara-

1 *Cansós dela crozada.* Vers. 202–220.

villoso necesita extraños orígenes, hasta natural es lo que no se puede admitir del mismo modo en un canto estrictamente histórico y hasta en los mas minuciosos pormenores verdadero. Ya en los poemas carlovingios (donde no son raras las falsedades) se reviste lo que se cuenta en ellos del carácter de autoridad auténtica, por el fondo histórico que puedan contener, dándolo como tomado de las crónicas monacales; y si esto sucedia en ellos, con mas razon se debian determinar aquí datos fijos acerca de la procedencia, por el carácter historial y á todas luces verídico que campea en este poema.

Continuando Mr. Fauriel sus observaciones, confiesa que la Cansós dela crozada contr els ereges dalbeges está escrita «en un idioma bastante incorrecto y grosero, aunque provenzal en »el fondo;» y sin embargo considera «sumamente inverosímil que »haya sido compuesta por un clérigo navarro, en una ciudad de »Navarra», solo porque «ignora qué lengua se hablaba en Tudela »por el año 1210,» aunque no por eso deja de decir que «tal vez »seria la vascongada,» ni de afirmar «que de seguro no era la de »la Provenza.[1]» Tres puntos que conviene fijar encierran las palabras anteriores, y es forzoso examinarlos en su verdadera importancia. Es el primero una concesion á nuestro propósito. Si es incorrecto y grosero el idioma en que se halla escrito el poema, sin dejar por eso de ser provenzal en el fondo, debió ser compuesto por un poeta que poseyese la lengua con las modificaciones que producen las diferentes circunstancias locales; y si (como saben todos) en el siglo XIII la lengua lemosina era usada tanto aquende como allende los Pirineos y las condiciones diversas en que se hallaban el mediodía de las Galias y el norte de la Iberia ejercieron su necesario influjo en el idioma comun, variando de una manera perceptible ciertos matices, no se puede dudar que la incorreccion y la rudeza existiria en el territorio español, donde la dura energía del carácter, la reconquista con las constantes luchas empeñadas contra los moros y el poco espacio para una cultura re-

1 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Pág. 18.

finada debian dar ese resultado, y no en la Galia meridional donde lo suavizaron todo las dulzuras del clima, el holgado sosiego de las córtes feudales y el rumbo apacible de aquella civilizacion absorta en las mas gratas seducciones de la vida. Ese *quid peregrinum* de rústica indocilidad no puede ser un reflejo de la Provenza, dichosa y tranquila en su molicie, satisfecha y afeminada en la posesion de su envidiado bienestar; y entonces debe ser consecuencia de otro espíritu mas fiero y mas viril, mas endurecido en las fatigas, rudo por las contrariedades de su vida, y claro es que era el de nuestra España, cuando tan solo el suyo podia ser.

No es creible que Mr. Fauriel, en su ilustrada y penetrante comprension, hubiera podido juzgar inverosímil que «un clérigo »navarro en una ciudad de Navarra» compusiese la CANSÓS DELA CROZADA CONTR ELS EREGES DALBEGES por considerar á los españoles incapaces para escribir obras de tanto precio: justo será declarar agena de su perspicuidad crítica esa suposicion ofensiva que á ciertos escritores ha dado en el vecino imperio una popularidad poco envidiable; y así se verá en esa frase un tránsito tan solo para llegar á la conclusion de que se hablaba en Tudela la lengua vascongada cuando corrian los primeros años del siglo XIII, de ningun modo la provenzal ó lemosina.

La indicacion que tan de ligero hace Mr. Fauriel sobre la lengua vulgarmente usada por los navarros hácia el año 1210, exige algunas reflexiones, ya que tienen verdadera importancia para el fin de aquesta investigacion, en ulteriores corolarios, las suministradas por datos históricos de todos conocidos. Ha sido la lengua euskara vulgar en Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, y dominadora en los valles pirenáicos de Navarra contiguos á los del territorio vasco, por hallarse tales paises aislados en las asperezas de sus montañas y sin haber sido subyugados por dominadores forasteros hasta el punto de hacerles olvidar su idioma; pero los habitantes de las tierras bajas y mas particularmente de las riberas próximas al Ebro, si hablaron la lengua vascongada en épocas muy remotas, la olvidaron despues, y no era la predominante, ni la oficial en los tiempos de que se conservan documentos históricos. Un francés muy docto, cuya competencia en la materia no recusa-

ria Mr. Fauriel, afirma que «jamás en la edad media tuvo uso »corriente la lengua vascongada sino entre los montañeses del »norte de España y del sudoeste de Francia, y añade que es de »todo punto inexacto fuese lengua nacional en Navarra hácia el »siglo XII,» observando que ninguno de los numerosos escritores que han hablado de Navarra y de las provincias vascongadas, como el trovador Guillermo Aneliers, tan pródigo de pormenores sobre la historia de la primera, á fines del siglo XIII, haya dicho nada de una lengua tan diferente de las derivadas del latin, sino para señalar su estrañeza.[1] Un apreciable literato pamplonés, discurriendo sobre el uso de la lengua lemosina en el reino de Navarra, dice que «la lengua provenzal, olvidada en aquel »pais hace muchos siglos, debió ser cultivada con esmero en la »época de los trovadores, por los estrechos vínculos que desde el »reinado de D. Sancho el Fuerte la unian con el pais de Francia »donde se hablaba, y añade que hasta ridículo seria se hubiese es»crito un poema con todo el aparato de erudicion entonces acos»tumbrado, sobre un acontecimiento tan ruidoso y de tan fatales »consecuencias para su capital[2], si nadie en ella la hubiera de »haber leido, pensando ademas que siendo entonces de moda es»cribir la poesía en aquel idioma, habria en Navarra muchísimas »personas, no solo que lo entendiesen y hablasen, sino que se »valiesen de él para las composiciones de ese género, aunque »estas desgraciadamente no hayan llegado hasta nosotros.[3]» Con seguro conocimiento de causa, por fundar su opinion en el estudio de los documentos existentes en los archivos, dice un conocido historiador de aquel reino, que «la lengua en él usada vul»garmente era un latin corrompido.... y en cuanto al vascuence »no se halla la menor noticia de haberse usado en los escritos, á »pesar de ser el idioma general de las montañas, ni hay señales

1 Francisque-Michel. *Le pays basque.* Págs. 7 y 8.

2 La guerra civil de Pamplona en el reinado de doña Juana [1276—1277].

3 Illarregui. *La guerra civil de Pamplona*, poema escrito en versos provenzales por G. Aneliers, de Tolosa de Francia, é ilustrada con un prólogo y notas. Págs. 4—6.

» de haberse considerado nunca como nacional.[1] » La general opinion de tan autorizados escritores, fundada ya sobre razones valederas, adquiere toda su fuerza cuando queda comprobada en hechos incontestables; y como entre los muchos y variados documentos que posée Navarra no existe siquiera uno en vascuence, ni en el archivo de la diputacion, ni en el de la Cámara de Comptos, natural es afirmar, en conclusion, que la lengua euskara vivió relegada en los valles pirenáicos, sin descender á las tierras bajas, ni llegar nunca á la categoría de lengua predominante y menos general ni literaria del territorio navarro, así como la existencia de varios públicos instrumentos en provenzal, induce á creer que este idioma fué usado en ese pais, ó por lo menos muy cultivado y familiar en las regiones oficiales, donde la cultura cortesana le habria dado carta de naturaleza, como en las demás córtes del mediodía de Francia y del norte de España por aquellos tiempos.

Ni faltan otros datos que robustecen la opinion aquí expuesta y quedarán brevísimamente apuntados. Mas de un siglo antes de que acontecieran los trágicos desastres, causa de completa ruina para la civilizacion provenzal y motivo de numerosas emigraciones á España por las tropelías y violencias sin cuento con que los soldados de Simon de Monforte perseguian á los habitantes de las Galias meridionales, los reyes de Navarra acrecentaron varias vecindades poblando con *francos*, á los cuales otorgaron muy señaladas mercedes. Dejando sin mencion la existencia de vecindario transpirenáico en Puente la Reina, en Estella, donde habitaban dos barrios, en Lanz y en el valle de Larraun, á mediados del siglo XIII, como época posterior á la cruzada contra los albigenses y á sus tristes consecuencias, documentos valederos declaran que vivian familias francas en Losarcos por el año 1180; que en 1174 concedió D. Sancho el Sábio á los francos, pobladores de Iriberri, los fueros del burgo viejo de San Saturnino de Pamplona y franquezas en las heredades que comprasen á infanzones y villa-

1 Yanguas y Miranda. *Diccionario de antiguedades de Navarra.* Tomo II. Págs. 73 y 74.

nos; que por el año 1170 existian en Sangüesa aforados al privilegio de Jaca; que en 1129 D. Alonso el Batallador les dió exenciones y libertades al poblar el plano de Irunia; y en fin que ya en 1090 D. Sancho Ramirez aumentó la poblacion de Estella fundando con francos un barrio llamado Lizarra.[1] Si, pues, desde tan antiguo existian barrios y pueblos enteros con vecindario transpirenáico, aun queriendo suponer que la denominacion de *franco* comprendiera en general á los extranjeros, sin esfuerzo se concibe que de las Galias meridionales y no de mas lejanos paises procederian cuasi todos, deduciéndose con razon que debió conocerse su lengua en el reino de Navarra y tal vez ser vulgar en algunas comarcas donde la poblacion galo-meridional existia en crecido número.

Aparte de cuanto expuesto queda contra la opinion «de ser quizás en el siglo XIII lengua nacional de Navarra la euskara y de ningun modo la lemosina,» existen respecto de Tudela circunstancias particulares que tal vez puedan dar mayor luz en esta cuestion. Cediendo al riesgo de llevar demasiado lejos estas investigaciones por conseguir el esclarecimiento de la verdad, en cuanto posible sea para quien con muy escasas fuerzas contar puede, oportuno será recorrer en rápida ojeada el estado de Aragon durante la edad media, inquiriendo lo que sobre su lengua resulte como mas probable, si á lo cierto no alcanza la investigacion, para establecer un preciso antecedente.

Desde los primeros años de la reconquista la comunicacion de las razas que ocupan ambas vertientes de los Pirineos es constante, y las de la parte septentrional se unen con las de la meridional, tomando parte activa en correrías empeñadas contra los árabes. Aparte de las conquistas de los francos, de la controvertida procedencia de algunos reyes de Aragon, de la comunicacion con motivo de las guerras contínuas contra los moros estrechada, y de la soberanía en enlaces adquirida por los condes de Barcelona sobre varios estados del sur de las Galias, en tiempos mas cerca-

1 Yanguas y Miranda. *Diccion. de antig. de Navarra.* Tomo I. Páginas 516—518. Art. *francos.*

nos dona D. Alonso el Batallador el barrio que constituye la parroquia de San Miguel en Zaragoza al vizconde de Bearne D. Gaston[1], caballero francés que con los condes de Bigorra, de Pértica y Cominges, los vizcondes de Gabartet y Cabadan y otros muchos caballeros bearneses y gascones habia tenido muy activa participacion en el cerco y toma de la ciudad de Augusto.[2] Prueba de la comunicacion en que vivieron siempre los habitantes del mediodía de las Galias y de los reinos norte-orientales de España son estos auxilios de muy buena voluntad prestados al rey de Aragon, en su empresa, por los señores de los estados confinantes con la Celtiberia y Cataluña; y todavía por este tiempo estrecha mas los vínculos entre unos y otros paises la circunstancia de declararse, con plena espontaneidad, los condes de Tolosa y de Bigorra vasallos del monarca aragonés, como su amparador y amigo.[3] Estos hechos, bastante significativos de suyo, con otros análogos que tienen lugar en el transcurso del siglo XII, sostienen viva y constante la comunicacion entre los habitantes de ambas vertientes de los Pirineos y otros sucesos posteriores la estrechan con mas firmes vínculos. Por entronques y herencias poseia D. Alfonso II de Aragon, á su muerte (1196), la Provenza, el Bearne, la Gascuña, Bigorra, Cominges, Cascasona, Bessiers y Mompeller[4]: y esta union de unos y otros estados bajo una misma corona, las estancias frecuentes y largas de los reyes aragoneses en sus estados transpirenáicos y su omnímodo influjo, siempre activo, en el sur de la Francia, identificaron á los naturales de la monarquía celtibérica con los de la Provenza y Languedoc hasta en el goce comun de las mas apetecidas distinciones, como sucede cuando D. Pedro II hace su viaje á Roma para ser coronado por el papa Inocencio III y lleva en su séquito, con los caballeros catalanes y aragoneses, al Arzobispo de Arlés, al Prevoste de Magalona, á Hugo de Baux, Arnaldo de Foix y Trogellin de Mar-

1 Yanguas y Miranda. *Hist. comp. de Navarra.* Pág. 88.
2 Zurita. *Anal. de Arag.* Tom. I, fól. 40.
3 Idem. *Ob. cit.* Tom. I, fóls. 40 vto., 46 y 46 vto.
4 Idem. *Ob. cit.* Tom. I, fól. 87 vto.

sella [1], como de su misma córte. No es posible tan estrecha intimidad sin que sirva una lengua de vínculo; y si aventurado pareceria tal vez deducir de los hechos expuestos que fuese vulgar la lemosina en todo el reino de Aragon, justo será creer que lo fué al menos en las comarcas materialmente unidas por gargantas numerosas con los territorios galo-meridionales y que la usaban como familiar las clases elevadas del reino celtibérico, cuando lo demuestran así los escritos de sus reyes y de los cortesanos, tanto como los documentos de gobierno. Un docto catedrático de la universidad cesaraugustana, excesivamente sóbrio en concesiones favorables á la extension del provenzal en la monarquía aragonesa, estudiando este mismo punto, en una obra muy apreciable que ha dado últimamente á la estampa, dice que «el idioma lemosin, »sin duda ninguna, se difundió por casi toda la corona de Aragon »casi al mismo tiempo en que nacia verdaderamente el castella»no, y añade que lo usaban con frecuencia los monarcas en lo »que á ellos tocaba y que por imitacion hablarian ese lenguaje »palatino los cortesanos, como oficial, habiéndose usado en escri»turas de fundacion, en cartas-pueblas, en libros de cuenta y »razon, en procesos y en actos del reino [2];» y cuando persona tan autorizada y tan agena de parcialidad en favor del predominio de la lengua lemosina, funda en datos y hechos irrecusables su juicio, no parecerá temeraria la conclusion contra las ligeras y aventuradas aseveraciones de Mr. Fauriel, aun sin traer aquí como apoyo las palabras de un escritor francés contemporáneo, afirmando no solo que «los catalanes y aragoneses eran verdaderos hermanos de los naturales de la Provenza y Languedoc,» sino tambien que «hablaban la misma lengua. [3]» Sentado ya el antecedente necesario al propósito de estas líneas, fácil será indagar cuáles eran los vínculos que unian con Aragon á Tudela.

Cuando la invasion árabe avanzó envolviendo en sus recias

1 Zurita. *Ob. cit.* Tom. I, fól. 90 vto.

2 Borao [D. Gerónimo.] *Diccionario de voces aragonesas.* Introduccion. Págs. 17—20.

3 Libert. *Histoire de la chevalerie en France.* Pág. 36.

oleadas todos los territorios y ciudades del imperio visigodo, Tudela cayó tambien en poder de los invasores; y aunque por algunas osadas correrías de los cristianos, en los empeños de la reconquista, fué ganada de los moros en tiempos de García Gimenez (860), de D. Sancho García II (915) [1] y de D. García Sanchez, el de Nájera (1045) [2], otras tantas veces cayó de nuevo en poder del enemigo, por los azares de la lucha, y no quedó verdaderamente cobrada hasta el año de 1114. Apretaba el sitio de Zaragoza D. Alonso el Batallador, decidido á no cejar en la toma de ciudad tan importante; y como conviniese impedir las contínuas hostilidades con que distraian el cerco los moros de Tudela, con un oportuno ardid tomó esta plaza Rotron, conde de Alperche, que la obtuvo en honor, siendo aforada por el privilegio de Sobrarbe, y algunos años despues (1127) por el de Zaragoza llamado del *tortum per tortum.* [3] Muerto el Batallador, dejaron de hallarse bajo el mismo cetro Aragon y Navarra: luchas frecuentes entre los monarcas de uno y otro reino eran causa de contínuas alternativas en las poblaciones de las riberas del Ebro y aun de las comarcas interiores, que pasaban de un cetro á otro por un pacto, por el éxito de una batalla, ó por determinadas conveniencias: y Tudela mas que otra ciudad fronteriza estuvo en comunicacion inmediata con Aragon en las vicisitudes de aquellos tiempos.

La circunstancia de hallarse muchos pueblos de Navarra aforados con los privilegios aragoneses prueba identidad en la legislacion de ambos reinos, como lo ha demostrado un diligente investigador zaragozano [4], á la vez que induce á creer idénticas la civilizacion y la lengua, sobre todo en los territorios bajos; y

1 Yanguas y Miranda. *Hist. comp. de Navarra.* Págs. 34 y 41.

2 Moret. *Anal. de Navarra.* Tom. II. Pág. 725.

3 Muñoz y Romero [D. Tomás]. *Coleccion de fueros municipales y cartas-pueblas de los reinos de Castilla, Leon, corona de Aragon y Navarra.* Tom. I. Págs. 415—422.—Yanguas y Miranda. *Hist. comp. de Navarra* Pág. 83.

4 Latassa. *Biblioteca antigua de los escritores aragoneses.* Tom. I. Págs. 190—201.

esta creencia se robustece respecto de Tudela por depender para lo espiritual del obispo de Tarazona, que conocia en alzada de los negocios eclesiásticos y ordenaba á los agraciados con dimisorias del Dean de la iglesia tudelana para llegar al sacerdocio. Tienen Aragon y Navarra identidad de orígen, comunidad de reyes en largos períodos, una misma legislacion, idéntico espíritu en su vida: Tudela tiene además dependencia de una ciudad aragonesa en lo espiritual, comunicacion contínua y forzosa con Aragon, fraternidad de hábitos y de carácter: ¿cómo no habia de tener tambien la misma lengua? El escritor pamplonés citado mas arriba, dice que « siendo el provenzal muy conocido y comun en la » córte de Aragon, no habia de ignorarse en la de un reino (Navar- » ra) tan próximo y relacionado con aquel; » y esta opinion, que á todo el pais navarro se refiere, por las consideraciones expuestas arriba, toca mas de lleno á Tudela y está corroborada conforme al propósito de estos párrafos, en las palabras de un erudito investigador, ya citado anteriormente, y no sospechoso en favor de nuestra España. « Por mas que nos remontemos, dice, hasta don- » de podamos llegar, encontramos el vasco relegado en Navarra á los Pirineos, y la lengua romance (*langue romane*, *provenzal*) » reinante en las ciudades de los llanos. Podríamos citar cien » pruebas de lo que decimos, y sin embargo, nos limitaremos á » tres ó cuatro. El acto de union de los barrios de Pamplona (1266) » está escrito en lengua romance ó románica (*langue romane*). En » 1275, el gobernador D. Pedro Sanchez, concediendo ciertos » privilegios á los habitantes del burgo de San Cernin, expide su » diploma en esa misma lengua. En el año inmediato (1276), » Eustaquio de Beaumarchais dá una ordenanza relativa á la » moneda y usa el mismo idioma. Varios navarros nobles de las » ciudades remiten actas de adhesion á Eustaquio; y estos docu- » mentos y hasta los recibos de sumas pagadas están extendidos » en el mismo dialecto románico (*roman*). ¿ Cómo no creer, en » vista de tales datos, que no tuvo uso corriente (el provenzal) en » Pamplona? Luego si en esta ciudad, situada en la puerta de los » Pirineos vascos, se hablaba el provenzal, con mas razon se de- » bia usar esa lengua en Tudela, mucho mas cercana de Aragon,

»donde nunca se usó el vascuence, como no haya sido en épocas »ante-históricas.[1] »

Pero no limita Mr. Fauriel á lo indicado las observaciones en que pretende apoyarse para negar al poeta de Tudela su personalidad como autor de la Cansós dela crozada, y es preciso seguir su marcha y continuar examinando uno por uno los fundamentos de su opinion. «En cuanto á la patria de nuestro poeta, »dice, no hay camino para dudar que fuese del mediodía de la »Francia, y de la parte del mediodía comprendida entre los Piri»neos y el Ródano, que fué despues el Languedoc. Muchos rasgos »de las narraciones de este poeta parecen indicar que si no habia »nacido en Tolosa, ó en sus inmediaciones, por lo menos habia »permanecido en ella largo tiempo y contraido vínculos y hábi»tos que le interesaban; y no se explicaría, sino por una de estas »dos suposiciones, la especie de interés apasionado con que ha»bla de esa ciudad, siempre que lo hace libremente y con toda la »franqueza de su pensamiento: es raro, en efecto, que la nom»bre sin algun epíteto de admiracion y alabanza, como Tolosa la »grande ó la rica, la ciudad de los palacios, la reina y la flor de »las ciudades.[2] »

Para que Mr. Fauriel declare de una manera terminante ser compatriota suyo el autor de la Cansós dela crozada, es necesario apoyar afirmacion tan atrevida en datos concluyentes, irrecusables; y sin embargo, ni tienen ese carácter los presentados, ni es única la interpretacion á que sin esfuerzo se prestan. Forman la base de su conclusion los epítetos de alabanza que á Tolosa prodiga el poeta, y sobre ser justos y naturales tratándose de la ciudad mas populosa y rica del pais que se pudiera llamar teatro de la guerra, y tambien mas interesante por el papel que desempeñó en la lucha con terribles vicisitudes, no es raro, sino

1 Francisque-Michel. *Histoire de la guerre de Navarre en* 1276 y 1277, par Guillaume Anelier de Toulouse, publiée avec une traduction, une introduction et des notes, dada á luz en la *Collection de documents inédits sur l'Histoire de France.* Introd.—Págs. 29 y 30.

2 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Págs. 18 y 19.

frecuente, hallar en el poema su nombre sin epíteto alguno [1], ni deja el poeta de usarlos en ocasiones, hablando de otras ciudades de menor importancia. [2] Abandonado al afan que dirije sus observaciones, no vacila Mr. Fauriel en suponer que Tolosa, ó alguna poblacion circunvecina es la patria del poeta en cuestion; y ni concebirse puede que se deduzca de «una especie de interés apasionado,» visto por el crítico francés en unos cuantos epítetos de simple justicia, que deba ser patria de quien alaba, la ciudad objeto de algunas lisonjeras calificaciones comunes y propias en la poesía. Ni se crea tampoco realidad «el interés apasionado del poeta» por Tolosa, tan decantado como indicacion vehemente de ser efecto de puro amor patrio. Cuando al contemplar con la imaginacion las huestes de los cruzados que se dirigen contra la ciudad, vé «mucha mas gente dentro de las murallas que en el ejército enemigo (para vencer), si fuera tan valiente, porque Tolosa »es la reina y la flor de todas las ciudades,» y al mismo tiempo afirma que «sus habitantes no son de raza tan fiera y valerosa »como la de los cruzados [3],» revela muy á las claras en esa manifestacion espontánea, sin asomo de tristeza, que no era tolosano, ni siquiera provenzal, quien tan friamente concedia superioridad á los enemigos de la Provenza sobre sus mismos hermanos. Todavía tienen las espresiones carácter mas decidido de prueba contra los asertos de Mr. Fauriel en pro de la opinion aquí emitida, cuando en otro pasaje dice: «Pedro de Aragon quiere tomar parte en la »guerra; vendrá con muchos miles de caballeros que tiene á sueldo y peleará con los cruzados, si los encuentra [4],» ó añade mas adelante: «El buen rey de Aragon ha venido á Muret y ha enarbolado su oriflama.... ha traido la flor de los valientes catalanes y

1 *Cansós dela crozada contr els ereges dalbeges.* Versos 1002, 1011, 1015, 1026, 1038, 1751, 1780, 2510, 2760, 2896, 3099, 3804, etc. [En adelante las citas relativas á este poema se indicarán tan solo por los versos que las contengan.]

2 V. 515, 1538—1540, etc.

3 V. 1785—1786.

4 V. 2743—2745.

» una multitud poderosa de guerreros de Aragon que con justicia » piensan no encontrar en parte alguna resistencia, ni hombre » alguno que se atreva á pelear con ellos[1], » indicando con gloriosa satisfaccion su procedencia española en tan expresivo contraste.

Pero sin recelar Mr. Fauriel el efecto de su juicio, la falta de seguridad en lo que afirma le hace indicar, en último resultado, que «por lo menos habia permanecido ese poeta mucho » tiempo en Tolosa y contraido allí vínculos y hábitos que le ins- » piraban interés;» y esta tercera deduccion, mas verosímil y probable que las dos anteriores, fortifica la creencia de ser autor de la Cansós dela crozada el español Guillermo de Tudela, que además justifican valederamente algunos datos en el poema contenidos. La predicacion de la cruzada contra los albigenses enardeció el espíritu católico de nuestra España en concilios, como el de Osma[2], que influyeron en la marcha de los sucesos, siendo vivo llamamiento á la cristiandad ortodoxa, mas particularmente á la sazon representada en el episcopado; y cuando el abad del monasterio de Poblet, obedeciendo las órdenes del Pontífice, partió de Roma para comunicar á los fieles de Carcasona y Tolosa el mandato de lanzar á los herejes fuera de aquel pais, le acompañaron, entre otros, los Obispos de Búrgos, Pamplona, Barcelona, Lérida y Tarazona[3], con el séquito, sin duda, que á su elevada clase correspondia. No es improbable que fuese familiar, ó funcionario subalterno del Obispo de Tarazona Guillermo de Tudela: muy bien pudo suceder que siendo poeta, con poco resultado para su bienestar en Portugal y en Leon y tambien en la Provenza, segun lo indica el poema en sus páginas[4], debiese al rey de Aragon D. Pedro II la proteccion que tan largamente dispensaba á trovadores y juglares y obtuviese, por consideracion á su influjo, algun beneficio en Montalban, punto donde con espacio debió componer la Cansós dela crozada, si no es que el Obispo de Tarazo-

1 V. 2888—2895.
2 V. 44.
3 V. 140—151.
4 V. 852—856.=208—220.

na pudo alcanzarle prebenda de que gozase, como católico sin sospecha, cuando eran arrancadas á los del pais (si mostraban lenidad respecto de la heregía, ó adhesion á sus principios) por los prelados de la cruzada revestidos con ámplios poderes del Pontífice.

Pretende Mr. Fauriel dar vigor á sus asertos porque halla exactitud en algunos datos geográficos y particularidades [1] que pudo saber perfectamente Guillermo de Tudela sin haber nacido en Tolosa, ó sus alrededores, con solo haber habitado algun tiempo en aquel pais; olvida, ó quiere olvidar que cuando habla del Abad de Poblet con motivo de su eficaz intervencion en la cruzada, es exacto como un español podia serlo [2]; pero ni este recurso, débil por demas, ni otros que parecen decisivos, alcanzan á prevalecer contra pruebas mas terminantes que los destruyen, ó al menos los contradicen con ventaja. Sabia muy bien el historiador de los provenzales que solo Fulco de Marsella, el galante trovador tornado en áspero monge y en obispo de Tolosa, y el miserable Perdigon [3], víctima del universal desprecio y agoviado al peso del remordimiento, habian servido á los cruzados contra su propio pais, quedando fieles todos los demas á la patria, de muerte amagada por las voraces huestes de Monforte y Encuentra; y el espíritu del poeta en la Cansós dela crozada, ni es el de aquellos, ni el de los trovadores que lanzaban contra sus enemigos el rayo ardiente de su ira en vigorosísimos versos, ó «prorrumpian en un concierto doloroso de lamentos y de imprecaciones contra el clero. [4] » Es católico de conviccion profunda el autor del poema, como lo eran todos los españoles, y desea con ardiente afan el triunfo seguro del catolicismo sobre la heregía; pero las rapaces violencias y las inauditas venganzas, cebo sabroso de los soldados galo-septentrionales en la embriaguez de cada triunfo, el fiero esterminio que despoblaba la Provenza al paso asolador de las huestes de Monforte, la implacable intransigen-

1 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Pág. 19.
2 V. 58–72.
3 Fauriel. *Histoire de la poésie provençale.* Tom. II. Pág. 214.
4 Fauriel. *Histoire de la poésie provençale.* Tom. II. Pág. 154.

cia, tan agena del verdadero espíritu de la Iglesia católica y de la doctrina expresa de Jesucristo, con que se condenaba al hierro y al fuego al inocente como al culpable, movieron su corazon contra los que causaban tan espantosas catástrofes y por término de su empresa traian la total ruina de la civilizacion provenzal en su propio suelo. El catolicismo español, acrisolado y ageno á toda impureza desde que Isidoro y Leandro, Osio y Valero, Eugenio y Braulio habian separado heréticas escorias, cautelosamente allegadas desde otros paises á nuestra España, enardecia en su pecho el justo anhelo del triunfo necesariamente reservado á la doctrina católica; pero quien, sintiendo latidos de humanidad en su corazon y santos impulsos de caridad en su alma ¿no habia de tener acentos de vigorosa reprobacion contra los que osaban imponer la pura doctrina del Crucificado con sanguinarios aceros y voraces llamas, olvidando los divinos mandamientos y la imitacion del Maestro de todas las perfecciones y santidades? Ageno á toda pasion el poeta de Tudela y libre de los estímulos que nacen del amor patrio y de los intereses de localidad, dirige á su auditorio, ó á sus lectores esta reflexion pacífica: «Señores, se debia castigar á estos hereges, porque, como yo lo he visto y lo he oido decir, tuvieron muy mala estrella no haciendo lo que les mandaron los clérigos y los cruzados.[1]» Impelido por el ardor de su fé, nombra á muchos gefes de la cruzada militante y, sintiendo no saber cómo se llamaban otros varios caudillos, esclama: «Si yo hubiera ido con ellos! si los hubiese visto y conocido! si los hubiera seguido al pais que conquistaron! Mas lleno estaria mi libro, creedlo, y mejor seria mi cancion.[2]» Contemplando los azares de la lucha entre católicos y albigenses, le hace desear su celo ortodoxo, cuando nombra á Monforte, á Encuentra, ó á otro caudillo cualquiera de la cruzada «qué Dios le guarde, bendiga, ó guie![3]» mientras que al nombrar á un gefe albigense, como sucede con el señor de Cabaret, Pedro Roger, dice «A quien

1 V. 1368—1370.
2 V. 842—843.
3 V. 848, 1451, 2287, 2347, etc.

»Dios jamás haga bien! ó á quien Dios maldiga y confunda! [1]» y siempre, con el anhelo del triunfo católico, crée insensatos á los que pelean contra los cruzados y segura su destruccion. [2] Mas cuando contempla á Simon de Monforte, «demostrando su ódio y su » ira contra Tolosa, exterminando y causando la mas cruel cons- » ternacion [3], condenando al tormento á inocentes y culpables, » arrebatándoles cuanto poseen, destruyendo sin razon y sin de- » recho [4], » sobre tantos sucesos igualmente agenos del espíritu católico, como el saco y venganzas de Béziers, Chasseneuil, Montreal, Fanjeaux y otras ciudades y castillos, los sentimientos de humanidad, á la vista de tan espantosas atrocidades, levantan su corazon contra los encarnizados verdugos de aquel desventurado pais, y su celo por la fé ortodoxa deja lugar al horror que le causa el ¡ay! contínuo de tantas víctimas inocentes sacrificadas al encono de soldados feroces, siendo sus versos el eco universal de reprobacion con que se juzgan tan horrorosos atentados. Por eso cuando muere Simon, en el empeñado sitio de Tolosa, del golpe de una piedra « que fué derecha donde era menester [5], » y los cruzados, despues de honrarle con pomposas exequias en S. Nazario de Carcasona, le llaman en su epitafio « santo mártir que ha de » resucitar para tener herencia en el cielo y florecer en la eterna » bienaventuranza, para llevar allí corona y sentarse en un tro- » no [6], » indignado el poeta con el recuerdo de los horrores consentidos ó prescritos por Monforte, exclama con doloroso sarcasmo: « he oido decir que así debe acontecer, si por haber muerto á » muchos y haber hecho correr mucha sangre, si por haber per- » dido muchas almas y haber consentido asesinatos, si por haber » creido á falsos consejeros y haber devastado é incendiado.... si » por haber asolado los campos y alentado la violencia, por haber

1 V. 1246, etc.
2 V. 1519—1521, etc.
3 V. 5655—5656.
4 V. 5662—5666.
5 V. 8451.
6 V. 8681—8682.

» atizado el mal y haber extinguido el bien, por haber degollado
» á las mugeres y asesinado á los niños un hombre puede con-
» quistar en este mundo el reino de Jesucristo, Monforte debe
» llevar corona y resplandecer en el cielo.[1] »

Sigamos á Mr. Fauriel. « En confirmacion, dice, de ese primer
» indicio general (se refiere á lo que ha manifestado sobre la pa-
» tria del poeta y queda textualmente incluido en el párrafo ante-
» rior como tema de las observaciones que le siguen) se halla otro
» que mas particularmente debe citarse. El famoso Fulco de Mar-
» sella, tornado de galante trovador en monge, ocupaba, en la
» época de que se trata, la silla episcopal de Tolosa, y como NUES-
» TRO POETA, nombrándole, mas de una vez le llama NUESTRO
» OBISPO y es el único prelado á quien así designa, tal designacion
» por su parte tiene aire de ser pensada y significativa.[2] » Indica-
cion importante parece al crítico francés la de hallar á Fulco con
el dictado de « nuestro obispo » en la obra del clérigo de Tudela,
cuando como un dato mas en favor de sus afirmaciones la cita y
comenta; y sin embargo como prueba de la opinion en estas líneas
sostenida se considerará fundadamente esa circunstancia, confir-
mándola irrecusables indicaciones. Cuando D. Pedro II de Aragon
va á Carcasona, con un séquito de cien caballeros para mediar
entre el conde de Tolosa, el vizconde de Béziers y los cruzados[3],
y evitar fatales contiendas, el poeta dice: « En un prado junto al
» rio y cerca de un bosque muy frondoso el conde de Tolosa habia
» mandado alzar su rica tienda, y allí estuvo MI SEÑOR EL REY
» (D. Pedro II) con los suyos que traia de Aragon y Cataluña.[4] »
Si pues la palabra *nuestro* tratándose del obispo Fulco induce
á Mr. Fauriel á tomarla como prueba en favor de su opinion, igual
valor, por lo menos, tendrá que conceder á ese «mi señor» cuan-
do del rey de Aragon se habla. Pero aun así no es idéntico tam-
poco el caso. Queda expuesta y razonada la probabilidad de ha-

1 V. 8687—8696.
2 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Pág. 19.
3 V. 597—600. 618—620.
4 V. 606—609.

llarse disfrutando alguna modesta prebenda en Montalban el clérigo católico Guillermo de Tudela, y como ese punto se hallaba en la parte septentrional del condado de Tolosa[1], dominada ya por los cruzados desde el año 1209, forzosamente habia de llamar nuestro obispo al que lo era en realidad de aquel territorio y de la iglesia en que se debe creer al poeta navarro disfrutando beneficio. Respecto del rey D. Pedro II no habia motivo para llamarle «mi señor» si hubiera sido natural de Tolosa, ó sus inmediaciones el autor de la Cansós dela crozada, porque entonces al conde hubiera dado ese dictado, que por ningun concepto al monarca de Aragon correspondia; y ahora sin la menor violencia se puede afirmar que recordando su patria Tudela, tan íntimamente unida con mas de una poblacion aragonesa, agradeciendo la proteccion del rey D. Pedro, y por su fraternidad con los hijos de la Celtiberia, habia salido de sus lábios esa expresion de adhesion viva y de profundo respeto, que se halla mas explícita y entusiasta en otros pasajes del poema.[2]

Bien pudiera decirse que termina Mr. Fauriel en el párrafo ultimamente citado las mas importantes observaciones relativas, en particular, á la patria del autor de la Cansós dela crozada, y aquí tambien debiera quedar concluida la impugnacion de sus asertos; pero continuando todavía su tarea bajo diferentes puntos de vista, que pueden, tal vez, servir de ocasion para dar mayor firmeza á los razonamientos precedentes, no será inoportuno examinar sus reflexiones acerca de la condicion social del cantor de la guerra entre albigenses y católicos.

«Habla nuestro poeta, dice Mr. Fauriel, dando ciertos por» menores del trágico fin del vizconde de Béziers, una de las pri» meras y mas interesantes víctimas de las violencias de la cruza» da; y lo hace con una emocion y un interés de que, al parecer » necesita excusarse, afirmando que jamás vínculo alguno le ha

1 *Carte pour servir á l' intelligence de l'* Histoire en vers de la guerre contre les albigeois. [Acompaña á la Cansós dela crozada que se publicó en la *Collection de documents inédits sur l' histoire de France.*]

2 V. 2950—2955, 2975, etc.

»unido al desventurado vizconde. No le conocia, segun dice, »mas que de vista y tan solo se habia encontrado con él una vez »en su vida, en una circunstancia solemne cuyo recuerdo conser»vaba vivo, en los festejos del casamiento de Raimundo VI, conde »de Tolosa, con Leonor, hermana de D. Pedro II de Aragon. Todo »lo que yo necesito hacer notar aquí es que *nuestro* autor habia »asistido á esas bodas; pero ¿con qué título ó en calidad de qué »asistió á ellas? *nuestro* anónimo no era seguramente un perso»nage de sangre real, ni un señor poderoso que se hallaba con »sus iguales en aquellas memorables circunstancias: debia ser »simplemente uno de aquellos hombres que, bajo el nombre, to»davía glorioso, de trovadores, ó bajo el mas modesto y mas vago »de juglares, cultivaban el género de poesía floreciente á la sazon »en el mediodía de la Francia.[1]» Nuevas confirmaciones de la opinion aquí emitida encierran las palabras que anteceden. La particularidad de ser clérigo católico el autor de la Cansós dela crozada, del modo que se ha indicado, explica esa especie de protesta tranquila, alejando toda idea de trato con los albigenses. Cuando Guillermo de Tudela se queja de los reyes de Leon y de Portugal y de los señores de las Galias meridionales « porque no le »habian dado nunca ni un miserable boton[2],» y al hablar de Pedro II le llama « el buen rey de Aragon, de corazon imperial[3];» justo es creer que no contaba entre aquellos mezquinos potentados al monarca trovador, tan espléndido y tan llano con poetas y cantores, y de quien el mismo Guillermo tal vez habria obtenido gajes y recompensas. Conforme con los datos esparcidos en la obra está la opinion de ser trovador ó juglar el autor de la Cansós dela crozada y de hallarse, tal vez, por esa calidad en las bodas de Ramon VI de Tolosa y Leonor de Aragon; pero esta circunstancia ¿favorece la opinion de Mr. Fauriel, ó confirma los asertos que la contradicen? El casamiento de Leonor de Aragon con Ramon VI se verificó en el año 1200, segun afirma uno de los mas verídicos

1 Fauriel, *Introd. de la ob. cit.* Págs. 20 y 21.
2 V. 208—220. 852—858.
3 V. 2975.

historiadores españoles [1]: no hay datos conocidos para decir que pasó á Tolosa con su hermana el rey de Aragon y presenció las bodas; pero como con tanta frecuencia compartia el tiempo entre sus estados de España y de Francia, muy natural es creer que se hallaria en ocasion tan solemne y con tan sagrado motivo, aun sin contar la irresistible atraccion para sus aficiones de poeta, de apuesto y galante caballero, que tendrian en su ánimo las justas y festejos necesarios en todas las grandes fiestas, ó solemnidades de la Francia meridional por aquella época. Sin duda tambien Guillermo de Tudela, trovador ó juglar protegido por Pedro II, fué á Tolosa en el séquito de la princesa Leonor; y por ser entonces corta su permanencia en la ciudad del conde Ramon, volviéndose muy en breve á la corte aragonesa, vió una vez tan solo al infortunado vizconde de Béziers. Ni es menos probable que hubiera dejado el trovador de Navarra la poesía por oficio, como poco útil al sosiego y bienestar, aun con las liberalidades del monarca de Aragon, y trocado en familiar del obispo de Tarazona, como medio de obtener una prebenda (puerto feliz y término ordinario de la borrascosa vida de trovador) hubiese ido á Roma para volver con la cruzada y gozar á poco el beneficio eclesiástico de Montalban, sin haber visto de nuevo al vizconde de Béziers, cuya muerte acaeció en 1209. ¿Cómo si hubiera sido provenzal, ó tolosano el autor de la Cansós dela crozada no habria visto mas veces á Ramon Roger, deudo y amigo del conde de Tolosa? El espíritu del cantor de la guerra entre católicos y albigenses dice tambien mucho, en sus constantes preferencias, á favor de la opinion aquí sostenida. Cuando habla de Leonor de Aragon, esposa de Ramon VI, dice que «es la reina mejor y mas hermosa que ha nacido en tierra de cristianos y gentiles y en el mundo entero, en toda su estension, hasta el mar grande, merecedora de mas alabanzas que decirse pueden, por ser aun mayores su mérito y su valía. [2]» Doliéndose de la rota de Muret por los que sucumbieron en ella con el valeroso D. Pedro II, esclama: «El mundo entero

1 Zurita. *Ob. cit.* Tom. I, fól. 89.
2 V. 359-364.

» valió menos (que aquellos héroes.) Quedó yermo y asolado » aquel paraiso: toda la cristiandad quedó mancillada y cubierta » de ignominia! [1] » y en estos pasages y otros, ya citados con diferente propósito, se refleja el entusiasmo por la superioridad de los propios, la gloria con que se les mide viendo gigantesca su talla.

No vacila el crítico francés en decir que sin duda fué trovador ó juglar de oficio el autor de la Cansós dela crozada, recordando un pasaje del poema en que nombra la batalla de las Navas de Tolosa (que tanta gloria dió á los reyes cristianos de la península ibérica y tantos cantos inspiró), anunciando que hará de tan heróico suceso el « tema de una nueva cancion, escrita en buen pergamino [2]; » y sin embargo este dato, significativo por demás, nada le dice contra sus afirmaciones, dictadas por su exclusivismo en pro de la Provenza contra España. Oportuno será recurrir al texto del poema para juzgar con mayor acierto. A consecuencia de haber asesinado cerca de Rozer á Peire del Castelnou, legado de la Sede pontificia cerca del conde de Tolosa [3], Inocencio III «tomó la reso» lucion, causa de la lucha en que murieron tantos hombres con las » entrañas desgarradas y tantas noble damas y tantas hermosas don» cellas debian quedar sin vestidos ni mantos. Mandó que se destru» yese cuanto se rebelare contra él, desde la parte de Mompeller has» ta Burdeos; y así lo cuenta Maese Pons de Mela, enviado allá por » el rey que á Tudela posée, señor de Pamplona y del castillo de Es» tella, el mejor caballero que jamás montó en silla. Lo sabe el Mi» ramamolin, que mandaba los franceses (en la batalla de las Navas). » Allí estuvieron el rey de Aragon y el rey de Castilla: ambos » á la vez hirieron con sus tajantes espadas: y creo que (del su» ceso) haré todavía una buena cancion nueva en hermoso perga« mino. [4] » No es el pasaje antecedente un simple comprobante de ser el autor de la Cansós dela crozada trovador ó juglar de oficio;

1 V. 9251—2953.
2 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Págs. 21 y 22.
3 V. 79—85.
4 V. 106—120.

mas bien se debe considerar como confirmacion de cuanto aquí se ha expuesto. Aprovecha el poeta tudelano el momento de hacer, en brevísima frase, un elogio cumplido de D. Sancho de Navarra, ofreciendo, como español interesado en la gloria de sus compatricios, cantar la batalla de las Navas, página inmortal en la epopeya de nuestra reconquista. Y á esta prueba no se opondrá como valedera la inadmisible observacion, que tal vez ocurra, de no manifestar interés propio quien canta la guerra entre católicos y albigenses antes que la heróica victoria de los cristianos contra los moros en las Navas de Tolosa, ni se deducirá falsamente, de una soñada preferencia, que un trovador provenzal y no Guillermo de Tudela es el autor de la Cansós dela crozada, porque hallándose nuestro poeta principiando á componer su poema en Montalban por el año de 1210, cuando ya con atroz encarnizamiento continuaba la guerra entre cruzados y provenzales y los repetidos desastres de la lucha herian y habian herido vivísimamente su imaginacion, muy natural era que acabase la obra comenzada, relatando hechos de que cuasi habria sido testigo presencial, y se propusiese, para cuando á Tudela regresase, consagrar sus inspiraciones sobre un hecho posterior y que no habia presenciado ni aun oido de cerca, á la España vencedora de los moros.

Todavía Mr. Fauriel asesta otro tiro contra la personalidad del poeta navarro, verdadera pesadilla del docto crítico, con motivo de insistir en la creencia de que fué trovador ó juglar de oficio. «El pasage, dice, de todo el poema en que *nuestro* autor ha im» preso con mayor fuerza su sello de trovador, ó juglar de profesion » es aquel donde, hablando en tercera persona de su pretendido » Guillermo de Tudela, dice que ese Guillermo comenzó su obra » en el año 1210, en Montalban. En el pasaje que sigue inmediatamente á esa indicacion mentirosa, *nuestro* autor, abandonando » de repente á su nigromántico navarro, toma con fuego la palabra » en la primera persona para espaciarse con una lamentacion, en la » que no se puede dudar que habla por cuenta propia en provecho de » su oficio.[1] » Si las razones, expuestas en otro lugar con motivo

1 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Pág. 22.

de las frecuentes intercalaciones notadas en los poemas que por los siglos XII y XIII se compusieron en lengua lemosina, no explicasen satisfactoriamente y sin violencia cuanto conviene al propósito que dicta estas líneas, aun tratándose de ese y algun otro pasage análogo, las mismas palabras de Mr. Fauriel volverian en pro de la personalidad del poeta tudelano, dando á la vez fuerza y vigor á varios asertos anteriores. «En la estrofa XXXVII, vers. 852 »y siguientes, habla (el autor de la Cansós dela crozada) de Si»mon de Monforte y Guillermo de Encuentra (dice el miembro »del Instituto de Francia), y despues de haberlos ensalzado, el »autor añade, para llevar al colmo el elogio, que si los reinos de »Portugal y de Leon tuvieran gefes semejantes, estarian mejor »gobernados que con aquellos *insensatos bribones que allí son re»yes y no le han regalado un solo boton.* No se halla fácil camino »para explicar una salida tan imprevista y tan fuera de propósito; »pero el hecho es que, hácia el tiempo en que nuestro poeta escri»bia, Portugal y el reino de Leon se agitaban en discordias civi»les escandalosas, y muy bien se puede creer que *nuestro* tro»vador, como muchos otros, habia pasado los Pirineos y recor»rido los reinos cristianos de la Península, adquiriendo relacio»nes y contrayendo vínculos que le hacian seguir interesándose en »cuanto próspero, ó adverso acontecia por aquellos reinos. Apoyo »directo de aquesta conjetura es la alusion, que ha poco he cita»do, de *nuestro* autor á la batalla de las Navas, alusion don»de resalta el elogio del Rey de Navarra de una manera que au»toriza para sospechar en ella motivos personales.[1]» Muy á las claras revela el párrafo antecedente lo que Mr Fauriel creia respecto del cantor de la guerra entre albigenses y católicos; pero sin duda, no bastando á la Francia sus glorias, ambiciona las de nuestra pobre España, y por eso Mr. Fauriel hace tan grandes esfuerzos por naturalizar en la Provenza al poeta tudelano. No tuvo necesidad Guillermo de pasar los Pirineos para recorrer en su juventud primera las córtes españolas, esperando ejercer con apacible sosiego su profesion de trovador ó juglar y ver nuevos paises; pero

1 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Pág. 21.

debieron alejarle muy pronto de Portugal y Leon las discordias intestinas, haciéndole volver á Navarra, su patria, y pasar á la córte de Pedro II, monarca mas espléndido con los poetas y mas propicio al cultivo de la gaya ciencia. Nombra á los reyes de Portugal y Leon para vengarse de su mezquindad con ultrajantes vituperios y nada dice del de Castilla: en cuantas ocasiones habla del Rey de Aragon sus alabanzas respiran profunda gratitud, ó vivísimo entusiasmo: una sola vez nombra á D. Sancho de Navarra y hace su mas cumplido elogio de manera que induce al crítico francés á sospechar en su manifestacion la existencia de motivos personales que la inspiráran. Toda insistencia sobre este punto seria ya inútil y fatigosa.

Tambien, como si fuera para servir de apoyo á cuanto se ha dicho aquí, observa Mr. Faurriel que «debia tener» el cantor de la guerra entre albigenses y católicos, «en todos los puntos »del mediodía invadidos por la cruzada, muchos conocidos y ami»gos de quienes supiera con tan minuciosos pormenores los inci» dentes de la lucha que no habia podido presenciar.[1]» Si hubiera sido sencillamente trovador y de la Provenza el autor de la Cansós dela crozada, y lo hubiera creido así el critico francés, ¿cómo afirmar que no habia podido ver los acontecimientos, en parte á lo menos, de aquella lucha vital para todos los hijos del mediodía de la Francia, cuando los trovadores y juglares acompañaban á los señores en la guerra y en la paz como adictos á á su servicio, y además en tan suprema ocasion corrieron, como hijos de aquel suelo, á la defensa de la patria? Para que se considere el autor de la Cansós dela crozada tan fuera de aquella empeñada lucha, necesario es que se le juzgue ageno, como de pais estraño, á los forzosos impulsos del patriotismo, con justicia en aquella ocasion exaltado entre los provenzales; y entonces las circunstancias en que mas arriba se le ha presentado explican el sosiego de su vida, su tibieza por los intereses vitales del territorio provenzal, su alejamiento de la lucha, y pone acuerdo en hechos, al parecer contradictorios, la declaracion de ser

1 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Pág. 25.

Tudela patria de Guillermo, autor verdadero de la CANSÓS DELA CROZADA.

Se juzgará imposible, despues de lo que antecede, hallar una sola palabra tocante á la personalidad real de Guillermo de Tudela en todo el resto de la *Introduccion* que acompaña á la HISTORIA EN VERSO DE LA CRUZADA CONTRA LOS ALBIGENSES, y sin embargo Mr. Fauriel no pudo terminar sus observaciones sin estampar las frases que siguen: « Estas noticias (las trascritas en los ante» riores párrafos) por mas incompletas é incoherentes que pue» dan parecer, deben bastar, sin embargo, para demostrar que » este autor, si se llamaba Guillermo, lo cual puede ser, aunque » nada lo confirma, por lo menos no era de Tudela de Navarra, » ni nigromántico, ni encantador, ni tampoco clérigo. Creo ha» ber probado que era, si no de Tolosa, de sus alrededores, per» teneciente á los órdenes poéticos que, con la denominacion de » trovadores ó juglares, constituian entonces una de las profe» siones, una clase de la sociedad en el mediodía de la Francia. » Si ha ocultado su nombre verdadero y su verdadera condicion » con ficciones que no tienen carácter alguno de verosimilitud, no » ha sido por un capricho individual; lo ha hecho de intento, » conformándose con el uso constante de los trovadores en sus » composiciones del género épico. Con el propósito de hacer pasar » sus obras por leyendas respetables, por antiguas historias que » los clérigos habian ocultado al público, las divulgaban bajo » nombres supuestos con el acompañamiento poco variado de men» tiras imaginadas para dar crédito á sus asertos.[1] » No en broma y en un epílogo de ilusorias conclusiones se debería traer aquí reducido cuanto se ha dicho anteriormente, sino en rasgos fulminantes contra ligerezas críticas que parecen encaminadas á desviar la opinion mas que á esclarecer la verdad, á demostrar conceptos ingeniosos mas que severidad histórica, á ingerir en lo propio lo que como tal no está probado mas que á dar lo suyo, en todo evento, á quien reclamarlo puede. Sobre las numerosas razones aducidas y orillando puntos agenos al objeto que

1 Fauriel. *Introd. de la ob. cit.* Págs. 25 y 26.

dicta este apéndice, no será inútil oponer nuevos datos, tomados del mismo poema, á las sutiles conclusiones del perspicaz individuo del Instituto de Francia. Algunas pruebas irrecusables han debido avalorar las reflexiones expuestas, y sin embargo abundan tanto en el texto de la Cansós dela crozada las que indican la procedencia española de su autor Guillermo, que oportuno será exponerlas, aun sin el intento de deducir consecuencias relativas á pormenores importantes, pero que distraerian demasiado. «La caballería de Francia sale de Carcasona,» dice el poeta, refiriéndose al ejército de los cruzados, «y lleva guias (roters) de »Navarra y de Aspe, mas de mil, á caballo, y cincuenta y tres.[1]» Cuando Simon de Monforte se presenta con sus huestes para sitiar á Penne d' Agen, advierte tambien el poeta que «se halla »dentro del castillo, donde nada se teme, Don Hugo de Alfaro, »que es de la parte de Aragon[2],» á quien vuelve á nombrar otras veces en varios pasages.[3] Contando la defensa de Tolosa, estrechamente sitiada por el ejército de los cruzados, ni olvida decir que «ha traido el conde de Foix muchos caballeros catalanes y »aragoneses[4],» como su mejor baluarte, ni la importancia de otros sucesos es obstáculo para relatar la ruina de un puente necesario, que nadie osaba componer, y que «Peron Domingo, bi»zarro escudero, natural de Aragon, sostuvo y ató con unas »cuerdas, cruzando dos veces el rio, corriendo mas grande pe»ligro que hombre ninguno corrió jamás.[5]» Cuando Marmanda se sostiene contra los cruzados, hablando de los que la presidiaban nombra á D. Sifredo y Guillermo Amaniel, caballeros de Pamplona.[6] Entre los que asistieron á la batalla de Baziéges, en el ejército de los provenzales, cuenta á Don Hugo de la Mota, García de Sabolera y Pedro Navarro[7], personajes cuya procedencia

1 V. 1964—1966.
2 V. 2413.
3 V. 9090, 9505, etc.
4 V. 6672—6675.
5 V. 7631—7634.
6 V. 8960—8961.
7 V. 9000—9001.

no es dudosa. Si las citas enunciadas tienen fuerza para confirmar la conclusion emitida en otro lugar sobre las predominantes aficiones y la patria de Guillermo, dejando á un lado lo que á su cualidad de nigromántico se refiere, no son menos importantes algunas otras, como indicios vehementes de su estado de clérigo. Recordando el poeta las predicaciones de Fulco de Marsella y del Abad del Císter con el objeto de levantar en favor de la cruzada á los provenzales que no hacian caso alguno de oratorias exaltaciones y á veces se burlaban de lo que decian en ellas, exclama: «Por » ningun concepto me asombra que los confundan, que les roben » sus haberes, les despojen de cuanto posean y los castiguen y » corrijan á la fuerza.[1] » Pero todavía un dato, ligero al parecer y muy significativo sin embargo, indica mas á las claras el estado de Guillermo de Tudela. Contando los gefes del ejército de la cruzada y sus bélicos arreos, detiénese como fatigado y para disculparse de cualquiera omision dice: « No desciendo á pin- » tar cómo eran sus armaduras, sus banderas, ni los arneses de » sus caballos cubiertos de hierro, porque jamás hizo Dios gramá- » tico ni clérigo tan letrado que pudiera contar la mitad ó el ter- » cio de aquestas cosas.[2] » Ni ha ocultado, pues, el poeta su nombre verdadero, ni su verdadera condicion con ficciones sin carácter alguno de verosimilitud, ni aquí habla en tercera persona, ni dice nada con el acompañamiento poco variado de mentiras imaginadas para que adquieran crédito sus asertos: escápanse de sus labios, en esos versos, las palabras *gramático y clérigo* (gramazi, clergue), refiriéndose á su condicion social, y es tan espontánea y natural su confesion, que no hubiera negado su valor Mr. Fauriel, si al apuntar los pasages relativos á Guillermo de Tudela, no hubiera desdeñado este por parecerle insignificante ó por haberse traspapelado entre sus numerosas notas críticas.

No es fácil alcanzar conclusiones de matemática exactitud dilucidando puntos como los que pretende resolver en pro de la Francia el docto individuo de su Instituto Mr. Fauriel; pero los docu-

1 V. 1033—1037.
2 V. 174—178.

mentos, la historia y el texto de la CANSÓS DELA CROZADA desvirtúan los asertos de la *Introduccion* que acompaña á la HISTORIA EN VERSO DE LA GUERRA CONTRA LOS ALBIGENSES, dando fuerza y vigor á la opinion aquí sostenida. Cuanto adujo el crítico francés para destruir la personalidad real de Guillermo de Tudela queda contradicho con datos y reflexiones, unas veces de probabilidad fundada, otras cercanos á prueba inconcusa: se ha deslindado cual debió ser la lengua, ó cuales debieron ser las lenguas usadas en el reino de Navarra por el año 1210, con resultados opuestos á las afirmaciones de Mr. Fauriel: se ha inquirido cual es la patria del poeta, sacando de su obra fundamentos para fijarla: en fin, se ha seguido á Guillermo de Tudela desde su pais nativo hasta la época de su permanencia en las Galias meridionales, cuando acontecieron los desastres de la cruzada, exponiendo lo mas probable para explicar varios hechos, de opuesta significacion, al parecer por lo menos, á la que les atribuye el autor de la *Introduccion* que acompaña á la HISTORIA EN VERSO DE LA GUERRA CONTRA LOS ALBIGENSES, y esto negando el influjo á la pasion, buscando únicamente lo mas justo y mas fundado, con el mas recto propósito.

Ni un afan bastardo, que, además de culpable, seria loco en quien con sobrados motivos como nulidad literaria se considera, ni el empeño de levantarse singularizándose contra una muy alta y muy merecida reputacion crítica han dirigido las investigaciones que anteceden. El amor á la verdad y la justicia histórica (que hablaba muy alto en pro de nuestra España) han sido los únicos impulsos para emprender esta tarea. Si se ha logrado dejar siquiera en suspenso las aventuradas afirmaciones con que muy apasionadamente se ha tratado de naturalizar en la Provenza á Guillermo de Tudela (dándole á Tolosa por patria) y hacer joya de la poesía provenzal su poema, satisfecho quedará el propósito que ha dictado las páginas antecedentes: si contrarrestando los sutiles razonamientos del sabio crítico francés, hubiese prevalecido la razon y como tal quedase triunfante con toda su fuerza en las anteriores conclusiones, seria debido á la verdad misma, no á quien con tan escasas fuerzas ha tratado de sustentarla.

LRB O 29

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Sept. 2006

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111